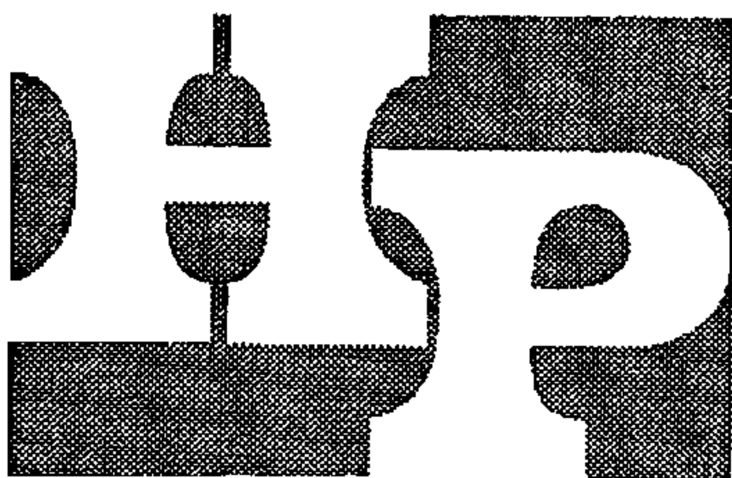


Silver Kane

un regalo llamado muerte





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

UN REGALO LLAMADO MUERTE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 471
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal; B. 38.096 – 1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: enero, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

Capítulo primero

Acababa de ser entrado el primer cadáver.

Aquél era «día grande» en la prisión de Yuma.

Tres ejecuciones en una mañana. Nada menos que tres, como si el director hubiera decidido liquidar las «existencias» de un solo tirón. Porque aquel mes habían sido tres los condenados a muerte llegados a Yuma, y se les iba a enviar al Más Allá en una sola sesión de «trabajo».

Doc, cuando vio que entraban el cadáver, le tapó bien la cabeza con la manta que iba en la camilla.

Había visto muchos muertos y vería muchos más.

Pero le resultaba difícil soportar la expresión de un ahorcado, con la lengua aún entre los dientes y los ojos que se le salían de las órbitas.

Uno de los guardianes murmuró:

—¿No ha venido nadie a reclamar el cuerpo?

—No —dijo Doc.

—Entonces nos ocuparemos de todo nosotros. Haremos que sepulten el cuerpo en la llanura. Hala, apartadlo de aquí. Hay que hacer sitio para los otros dos.

En efecto, la sala era estrecha.

Y cabrían muy justas las tres camillas con los tres muertos, si no se colocaban adecuadamente.

Doc iba a obedecer la orden cuando oyó aquel rumor.

Y enseguida una especie de grito, un grito corto y agónico que atravesaba las paredes.

Cerró los ojos porque supo lo que aquello significaba.

Acababa de abrirse la trampilla por segunda vez.

Y el segundo condenado se negaba a morir.

Debía patear en el aire, convulsionarse angustiosamente porque había tenido mala suerte; su cuello tardaba en romperse.

Al fin se hizo el silencio.

Doc suspiró aliviado.

La pesadilla estaba a punto de terminar, pero aún quedaba lo peor; aún quedaba la ejecución de Monty.

Uno de los guardianes pareció adivinar su pensamiento cuando dijo en voz baja:

—Aún tardaremos unos cinco minutos en ir a buscarlo. Si quieres puedes despedirte de él.

—Gracias; hemos sido muy buenos amigos.

—Lo sé; le lo digo precisamente por eso.

Doc salió de aquella habitación maldita donde iban a ser reunidos los tres muertos y llegó a un pasillo en el que había cuatro celdas. De ellas se habían ocupado tres la noche anterior, y ahora dos de ellas ya estaban terriblemente vacías.

Daba angustia ver el interior, todavía intacto, con la mesa donde un hombre había escrito la última carta y el camastro donde había dormido la última noche.

Pero Doc no quiso mirar eso. Su atención se centró en la celda que aún estaba ocupada y ante la que un guardián montaba guardia, una guardia que duraría tan sólo unos minutos.

—¿Qué quieres hacer? ¿Despedirte de Monty?

—Sí —dijo Doc.

—Puedes pasar, pero cuidado con dar largas al asunto. Lo vendrán a buscar dentro de cinco minutos.

—Bien.

Doc fue cacheado de una manera maquinal, para comprobar que no llevaba armas que pudieran ayudar al condenado, y entonces se le introdujo en la celda.

Monty no parecía asustado.

Siempre había sido un viejo divertido, y en aquellas terribles circunstancias aún seguía siéndolo.

Tendría unos sesenta años, edad que entonces se consideraba ya bastante elevada, teniendo en cuenta la vida dura y áspera que se veía obligado a llevar un hombre del Oeste.

Estaba sentado en el camastro. Al ver a Doc se puso en pie.

—Hola, Doc.

—Hola, vejete.

—¿Cuánto tardarán en venir a buscarme?

—No sé. Puede que media hora.

—Me engañas. Pueden tardar cinco minutos como máximo. A los otros dos se los han cargado ya.

—A veces esas cosas se retrasan…

—No sigas mintiendo, cuerno. Te equivocas si piensas que estoy asustado. Cuanto antes pase el mal trago, mejor. Y luego… ¡a seguir haciendo trampas!

Lanzó una carcajada, ante la sorpresa inicial de Doc.

Luego añadió:

—En el otro mundo supongo que se echará de vez en cuando una partidita, digo yo. No van a estarse todo el día mano sobre mano.

—Tienes razón, Monty. Apuesto a que sí. En el otro mundo se deben jugar unas partidazas de alivio.

—Y como allí no existe el tiempo, lo mismo pueden durar cien años.

—Seguro, muchacho.

—¡Qué vidorra!

—Lo que me temo es que a San Pedro no podrás colarle cartas falsas.

Monty lanzó otra carcajada.

—Si San Pedro se juega las llaves, que vaya con cuidado, porque conmigo las pierde. —Y de pronto se puso serio, casi angustiosamente serio—. Celebro que hayas venido, Doc. Creía que no te dejarían despedirte de mí.

—¿Cómo iban a hacerlo? Saben que soy tu mejor amigo.

—Sí, el único que ha cuidado de mí, el viejo y gruñón Monty, el tramposo que un día mató a dos hombres en una riña de taberna. Tú eres al fin y al cabo un vaquero que está aquí por armar bronca gorda y por destruir un *saloon* entero en Albuquerque, pero saldrás pronto. No tenías por qué preocuparte de un viejo carcamal como yo. Pero te estoy muy agradecido, muchacho. Mucho, de veras. Yuma se me hubiera caído encima de no ser por ti.

—Si quieres te acompañaré hasta…, hasta allí, Monty.

—¿Hasta el patíbulo?

—Quizá te sientas mejor si vas con un amigo.

—Oh, no hace falta… Desde que mi padre me atizó la primera patada en los riñones por hacerle trampas al juego de la oca, supe que terminaría así. La muerte no me impresiona, Doc, y menos a mis sesenta años. Pero celebro que hayas venido porque quiero regalarte una cosa, Doc; la única cosa que tengo.

Doc pensó que Monty le dejaría en herencia su mazo de cartas marcadas, o quizá un cajón de botellas de *whisky*, o quién sabe si las direcciones de unas cuantas chicas alegres que tendría escondidas el muy bestia. Por ello murmuró:

—Si se trata de un recuerdo personal lo guardaré con mucho gusto, Monty.

—Bueno, no se trata de un recuerdo personal exactamente… Y lo que no sé es cómo vas a guardarlo…

—Aunque se trate de un caballo lo cuidare y lo guardaré, Monty.

—Es algo mayor que un caballo.

—¿Una vaca?

—Mayor.

—¡Infiernos! ¡No me dirás que tienes guardado un elefante, Monty! ¡No sabría dónde meterlo!

El vejete se sujetó bien la dentadura postiza, que parecía temblarle.

—Al grano —murmuró luego—. Es lo único que tengo, Doc, pero te lo doy.

—¿De qué se trata?

—De una ciudad entera.

Doc necesitó apoyarse en la pared.

Que un viejo fullero como Monty, que nunca había tenido más que una camisa y un mazo de cartas, le hablara de dejarle en propiedad nada menos que una ciudad entera, le parecía una broma de mal gusto. ¿Pero puede bromear un hombre al que sólo faltan unos minutos para que lo lleven al patíbulo?

Monty se miró pensativamente las botas que pronto colgarían en el aire.

—Sé lo que estás pensando, Doc.

—Yo no pienso nada. Yo te estoy muy agradecido.

—Menos mandangas, chico. Tú lo que piensas es que yo me choteo.

—Bueno… Pues… Verás… Yo…

—Te he dicho la verdad. Tengo una ciudad entera.

—No me dirás que la has comprado.

—No, claro que no. La gané en el juego.

—¿A quién?

—A un fulano llamado Robinson.

—No he conocido ningún tipo llamado Robinson que fuera dueño de una ciudad.

—En fin, piensa lo que quieras, pero es tuya. Ni tengo otro medio de agradecerte los favores que me has hecho.

—Tú no me debes nada, Monty. Escucha… Yo…

Pero en aquel momento se abrió la puerta. Tres hombres estaban en el umbral. Tres hombres, uno de los cuales era el verdugo de Yuma.

Doc se estremeció.

El verdugo susurró:

—Lo siento, Monty. Sólo te pido que no me guardes rencor.

—¿Ha llegado mi hora?

—Sí, pero procuraré que todo pase como un soplo. Haré la cosa lo mejor que sepa.

Monty se volvió hacia Doc.

—Ya lo ves, muchacho; no tenemos tiempo de hablar. Me gustaría explicarte cosas de esa ciudad, pero no puedo.

—No te preocupes, Monty.

—Veo que no le das ninguna importancia. Aún sigues pensando que bromeo.

—Al contrario; le doy mucha importancia, Monty. Pero lo único que pretendo es despedirme de ti. Darte un abrazo.

—Gracias, muchacho. Pero cuando salgas de aquí recuerda ir a ver al director del Banco Federal de Albuquerque. El ya tiene instrucciones. Mi última carta ha sido para él.

Y los dos hombres se abrazaron, mientras el verdugo apremiaba para llevarse al condenado, porque él también quería terminar cuanto antes.

Cuando Monty salió de allí, cualquiera hubiese podido jurar que Doc tenía los ojos húmedos.

Pero ya se había olvidado por completo de la famosa «ciudad».

Lo único que le importaba era que Monty no sufriese.

Y ya no volvió a acordarse de la extraña herencia hasta varios

días más tarde, hasta que el temible alcaide de Yuma le hizo ir a su despacho.

CAPÍTULO II

—Siéntese, Doc.

Era extraño que aquel hombre hiciera sentar a alguien, por lo que el joven, sorprendido, obedeció.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, Doc?

—Año y medio.

—Por lo tanto ha cumplido las tres cuartas partes de su condena, que era de dos años. Hace poco solicitó la libertad provisional, no sé si lo recuerda.

—Claro que la solicité como hace todo el mundo, pero pensé que no contestarían.

—Pues en su caso han contestado. Yo he dado buenos informes porque la verdad es que usted nos ha ayudado mucho en la enfermería y en las oficinas de la prisión. En resumen; está libre. ¿Qué piensa hacer ahora?

Doc nunca hubiera imaginado que aquellas sencillas palabras «Está libre», le causarían una impresión tan tremenda.

No había esperado oírlas tan pronto.

Por eso se sintió desorientado y como sin saber qué hacer.

—Tiene derecho a una paga por lo que ha trabajado en Yuma. También le daré, como favor especial, billete gratuito en el ferrocarril hasta la ciudad que elija. Vamos, decídase.

A Doc lo mismo le daba ir a un sitio que a otro.

Pero indicó:

—Albuquerque.

No lo hizo pensando en la extraña «ciudad» del viejo fullero Monty. En realidad, de eso ya casi ni se acordaba Doc. Lo hizo sólo porque el nombre le sonó más que otros.

Nunca había estado en Albuquerque.

¿Por qué no largarse allí?

Alguien le había dicho que en invierno —y ya iban a entrar en el invierno— en Albuquerque se estaba muy bien si a uno le metían en la cárcel…

Doc había pasado en las cárceles buena parte de su vida, y siempre por las mismas dos razones; no se quedaba a vivir en una ciudad fija y peleaba con excesiva facilidad. Por tanto siempre que en un sitio había bronca, aunque la culpa no fuera suya, se la cargaba él, que era el eterno forastero.

De modo que ya había aprendido una cosa.

En cualquier ciudad donde pusiera los pies, corría el riesgo de ir a la cárcel.

Por lo tanto había que elegir lugares fresquitos en verano y cálidos en invierno. Ya que en las cárceles no hay comodidades, al menos convenía seleccionarlas un poco. Hubiera sido un error imperdonable (en un hombre de su experiencia) arriesgarse a que un invierno le metieran en una cárcel de Canadá y un verano en una cárcel de Texas. Cierto que se había pasado un año y medio en el horno de Yuma, pero eso había ocurrido porque se le fue la mano en aquella bronca y le metieron una condena demasiado larga.

Pensó en Albuquerque, si lo enchironaban durante el invierno, no lo pasaría mal del todo.

De modo que se largó hacia allí con unos cuantos dólares en el bolsillo y un billete de tercera para el ferrocarril que ya cruzaba extensas zonas de Nuevo México.

No había vuelto a acordarse de la «dudad» de Monty.

Y no volvería a acordarse hasta que vio a aquel muerto que llevaba el extraño nombre tatuado sobre la piel.

BIDONVILLE

Pero eso le ocurrió cuando ya había llegado a Albuquerque. Eso le ocurrió cuando las cosas estaban ya complicadas de una forma que él nunca llegó a imaginar.

El muerto yacía en un rincón de la estación, donde se apilaban las mercancías. Durante el viaje, Doc había tratado una cierta

amistad con un individuo que se dedicaba a facturar vagones de grano hacia México. El individuo le había dicho:

—¿Tienes ganas de trabajar?

—Sí. No me quedan demasiados dólares.

—Tú eres joven y fuerte como un toro. Cuando lleguemos a Albuquerque, encontraremos en la estación un almacén lleno de sacos de trigo que hay que facturar a México. Si me ayudas a cargarlos en los vagones, tendrás cinco dólares por toda la jornada.

Doc asintió.

Y cuando llegaron a la entrada del almacén se encontraron con el muerto. Debía estar allí desde la noche anterior y nadie lo había descubierto aún, o quizá nadie se había molestado en sacarlo de allí. Tenía la lengua casi fuera como si lo hubiesen ahorcado; los ojos se le salían de las órbitas, causando una impresión angustiosa. Daba la sensación de haber sido sacado del patíbulo poco antes, como la gente a la que Doc había visto ajusticiar en Yuma.

Pero a éste no lo habían ahorcado, sino estrangulado. El nuevo empresario de Doc le hizo notar las marcas en el cuello.

—Fíjate. ¡Qué bestias!

—¿Quién ha podido dejar unas marcas así? ¿Qué manos tendría?

—No existen manos de esa clase —dijo el empresario.

—Pues entonces, ¿qué?

—Llevaría guantes.

—¿Guantes? —susurró Doc, estremeciéndose sin saber bien por qué.

—Guantes de hierro.

Doc volvió a estremecerse, y ahora sí que supo por qué.

Musitó:

—¿Guantes de hierro? Nunca había oído una cosa semejante.

—Pues existen. Yo oí hablar de un individuo que los fabricaba en Texas.

—¿Y qué significará ese extraño nombre; Bidonville?

—Hum… Yo creo que es el nombre de una ciudad.

—No la conozco.

—Yo tampoco —dijo el empresario, encogiéndose de hombros —. Pero, en fin, no es asunto mío. Ayúdame a sacar ese fiambre de aquí. Hay que llevar los sacos al tren antes de que otro nos quite los vagones.

Doc decidió olvidarse también de aquel muerto.

Había visto tantos en su vida que ya no le importaba uno más, aunque le había causado una rara impresión el nombre de la ciudad (si era una ciudad) y las marcas en el cuello que podían haber sido causadas por unos guantes de hierro.

El empresario y él trabajaron de lo lindo hasta las cinco de la tarde. Entonces, cuando todos los sacos estuvieron en su sitio, le dio siete dólares en lugar de cinco y murmuró:

—Además te invito a cenar. Ah… Pero antes pasaremos por la oficina del *sheriff*. Al parecer, nadie más ha vuelto a ocuparse de ese muerto.

El de la placa estaba muy ocupado extendiendo una especie de permiso de residencia a una bailarina que quería trabajar en Albuquerque. El tío le había preguntado ya hasta por el nombre de su abuela, mientras la devoraba con los ojos, y ahora estaba tratando de tomarle las medidas (para apuntarlas en la ficha, según decía). El caso fue que recibió a los dos hombres con un bufido.

—¡Fuera de aquí!

—Verá… Hay un cadáver junto a los almacenes de la estación. Lleva allí todo el día, sin que nadie se haya ocupado de él.

—¿Y a mí qué me cuentan?

—Pues entonces, ¿a quién vamos a contárselo?

El *sheriff* se encogió de hombros.

—Ya sé lo de ese hombre. No soy tan tonto, qué cuerno. Pero ahora tengo trabajo, ¿no lo ven? ¡Fuera!

—Cuando termine su «trabajo» —preguntó Doc—, ¿se ocupará del muerto?

—Claro que sí. Pero al fin y al cabo no hay que darle tanta importancia. Debe ser un «Bidonville», como los otros.

Los párpados de Doc temblaron.

—¿Bidonville? ¿Otros? —susurró.

—Sí, ha habido otros —dijo el de la placa—. Tres en una semana. Se ve que llegaron juntos y alguien los ha ido liquidando. No sé quién. Naturalmente he abierto una investigación y el culpable caerá.

Lo dijo sin mucho entusiasmo, como si supiera de antemano que eso iba a ser muy difícil.

Doc susurró:

—¿Qué significa Bidonville?

—No lo sé. Supongo que es el nombre de una ciudad.

—¿Una ciudad de dónde?

—¿Y yo qué sé? ¿Es que voy a tener que aprenderme los nombres de todas las ciudades de los Estados Unidos? ¡Y ahora váyanse al diablo y déjenme en paz! ¿No ven que estoy trabajando por el bien de Albuquerque? ¿No ven que estoy controlando al personal que entra?

La bailarina se subió un poco la falda mientras murmuraba resignadamente:

—Bueno, pero no controle tanto, jefe.

Doc salió de allí.

Ya no sabía ni qué pensar.

Su empresario le puso la mano en la espalda.

—Bueno, vamos a cenar y a buscar un hotel para ti. No te preocupes tanto, muchacho. En Albuquerque sobran muertos.

Mientras por la noche estaba tendido en la cama, sin poder dormir, Doc pensó que, efectivamente, Albuquerque era una de esas ciudades donde la muerte resulta barata y donde a nadie le piden demasiadas cuentas por apretar el gatillo.

Lo mejor sería olvidarse de aquel cadáver.

Pero no podía.

No podía olvidarse de aquel muerto después de haberle visto los ojos. Ni tampoco podía olvidarse de los otros, de los demás «bidonville» a los que ni siquiera había visto.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, Doc pensó que no estaría de más empezar a buscar un trabajo fijo en la ciudad o sus cercanías. De modo que se arregló bien y salió a la calle, dispuesto a ser un hombre que sentara la cabeza. No quería tener más líos con nadie, y especialmente no quería tenerlos con la ley.

Mientras deambulaba por la ciudad, pensó qué podría convenirle más.

El sabía hacer muchas cosas.

Domar caballos, conducir reses, realizar todas las tareas de un rancho, contratarse como pistolero profesional…

Pero no. Eso último no le convenía.

Nada de tiros.

Claro que ya se sabe; cuando uno se empeña en una cosa, le sale al revés.

Mientras pensaba en todo aquello, Doc pasó delante de un edificio muy lujoso —uno de los mejores de la ciudad— donde una placa de bronce indicaba: Federal Bank.

Se detuvo.

Los recuerdos volvieron confusamente a él.

¿No era aquél el Federal Bank de Albuquerque del que le había hablado Monty? ¿No era aquél el sitio donde lo tendrían todo dispuesto para entregarle la herencia?

Doc vaciló.

Cada vez se afincaba más en él la sensación de que aquello era la última burla del viejo Monty.

Porque el viejo Monty había sido capaz de eso y mucho más.

Pero en fin, ¿por qué no probar?

De modo que Doc se metió en el Banco y preguntó por el

director, o al menos por el apoderado general.

Le miraron por encima del hombro, pero al fin accedieron a meterle en un despacho muy bien amueblado donde un tipo panzudo, que parecía no haber visto un revólver jamás, le preguntó qué quería.

—Tal vez lo que voy a decirle le parezca un poco extraño.

—De todos modos, dígalo. Y por favor, no me haga perder tiempo. Para ustedes, la gente de la pradera, una hora no tiene importancia. Para nosotros tiene mucha.

Doc estuvo tentado de decirle que para los hombres de la pradera la vida o la muerte dependían no de una hora, sino muchas veces de una décima de segundo. Pero al fin se limitó a explicar la extraña cuestión que le había traído allí.

Con gran sorpresa suya, vio que el director estaba enterado de aquello.

—Ah, sí… El viejo Monty —dijo— era cliente nuestro.

—¿Cliente?

—Hubo épocas en que ganó dinero, no crea. Claro que últimamente oí decir que las cosas le habían ido mal y habían acabado colgándolo en Yuma…

—Es… Es cierto.

—Naturalmente he dado orden para que lo borraran de la lista de nuestros clientes.

Doc pensó que el viejo Monty no podía haber tenido un epitafio más frío e impersonal que aquél. Estuvo a punto de marcharse.

Pero el director murmuró:

—Ahora tenía alquilada una caja fuerte en nuestra cámara acorazada, y nos escribió diciendo que su contenido se lo entregáramos a usted. Veamos qué hay en ella.

Hurgó en un cajón y extrajo una llave.

—Venía con la carta —explicó—. Veamos… Veamos…

Descendieron los dos a un sótano y atravesaron una gran puerta acorazada donde había dos guardianes. Tras ella empezaba un pasillo con las paredes cubiertas de pequeñas cámaras de alquiler, una de las cuales abrieron.

Dentro no había más que unos papeles que parecían una escritura de propiedad.

Doc lo tomó y la leyó.

Parecía una escritura legal.

Estaba extendida ante el juez de Santa Fe, Nuevo México. No le faltaba ningún requisito.

Según se deducía de ello, un multimillonario llamado Sunset había comprado toda una zona del oeste de Nuevo México llamada simplemente La Heredad, y que tenía una extensión enorme. La había comprado, «con todos los edificios comprendidos en ella», lo cual indicaba que si dentro de La Heredad había una ciudad, la ciudad era suya.

Pero por lo visto Sunset era un maldito jugador, y había perdido La Heredad a manos del viejo Monty. En la última página de la escritura, legalizada la firma por el juez de Albuquerque, se leía:

> «Cedo todos los bienes detallados en esta escritura a Leónidas Monty que pasa a ser su absoluto y único dueño. El señor Monty queda facultado, naturalmente, para ceder a su vez estos bienes a quien quiera. La simple exhibición de esta escritura equivaldría al título de propiedad».

Doc estaba asombrado.

Unas tierras llamadas La Heredad… ¿Y él era su dueño?

Claro que no había para entusiasmarse, porque las tierras no debían valer nada.

Caso de haber tenido algún valor, el viejo Monty ya las habría explotado y no habría muerto en la miseria y mucho menos colgado de una horca.

El director, que había estado leyendo por encima de su hombro, susurró:

—Ya lo vé, con esto es usted el dueño de las tierras. Le daremos un certificado acreditando que usted no ha robado la escritura, sino que se la hemos dado legalmente y sacándola de nuestra caja fuerte, por voluntad del señor Monty.

—¿Sabe qué le digo? Puede quedarse con la escritura, amigo. Yo no la necesito para nada.

—¿No quiere las tierras?

—Sólo el diablo sabe cómo serán.

—Yo, en su lugar, las vería.

—¿Y dónde paran?

—No es tan difícil averiguarlo. Tengo un mapa detallado de toda la zona.

Le hizo volver a su despacho y sacó un gran mapa de todo el condado de Albuquerque, que extendió sobre la mesa.

—A ver… Sí, aquí está.

Mostraba con el dedo índice una zona montañosa situada al norte del condado y por donde pasaba un riachuelo que en verano debía estar siempre seco. La zona era grande. Formaba más o menos un rectángulo de diez millas de lado. Una auténtica fortuna si las tierras hubieran sido buenas, pero el color del plano ya indicaba que todo aquello era terreno seco, estéril y pedregoso.

Pero Doc abrió mucho los ojos.

Los abrió tanto que el otro lo notó.

—¿Qué le pasa?

—Nada…

—Pues yo diría que hasta sus labios tiemblan.

—No, no me pasa nada especial.

—¿Tiene este plano algo extraño?

—No me haga caso. Es que me asombra lo grande que es este terreno.

Pero lo que asombraba a Doc era otra cosa.

Sencillamente, en el plano, que era enormemente detallado, había visto, dentro de La Heredad, el nombre de una pequeña población.

Aquella población tenía un nombre:

BIDONVILLE

CAPÍTULO IV

—¿Qué significa exactamente Bidonville? —preguntó Doc.

—Verá… Es un nombre nuevo y que ha empezado a usarse hace poco —murmuró el director—. No se conocía hasta que el petróleo empezó a ser transportado a todas partes.

—¿Qué tiene que ver con el petróleo?

—Hum… El que ya llaman «el oro negro» viaja de un sitio a otro en bidones metálicos que ya fabrican en gran escala las fundiciones de acero. Cuando esos bidones están vacíos, mucha gente pobre utiliza la chapa para construirse con ella cobertizos o chozas. No les protege demasiado del frío, y aún menos del calor, pero sí de la lluvia. En los sitios más míseros de Nuevo México han empezado a surgir algunos poblados así[1].

Doc asintió:

—Entonces he de suponer que Bidonville es una ciudad mísera —dijo.

—Absolutamente del todo.

—Está bien. Es posible que vaya hacia allí.

—Lo más fácil es que la encuentre abandonada. No he oído nombrar a nadie que viniera de aquel sitio.

Doc fue a decir: «Yo sí».

Pero por fortuna logró callarse.

Dio las gracias al director y salió llevando la escritura doblada bajo el brazo.

Iría a Bidonville. ¡Vaya si iría!

No se dio cuenta de que alguien había estado vigilando sus movimientos. Alguien que estaba en la sala principal del Banco, fingiendo que hacía un ingreso, y que, al salir Doc, salió tras él sigilosamente.

Le siguió hasta el hotel, donde se le unieron otros dos.

Doc no podía imaginar que hubiera llamado la atención de nadie. No lo imaginó hasta que las cosas se pusieron feas para él.

Tan feas como cuando en su vida apareció aquella extraña mujer…

Doc estaba subiendo las escaleras del hotel, hacia su habitación, cuando ella bajaba. El joven, aunque estaba distraído, notó inmediatamente tres cosas (¿y quién no las hubiera notado?): que la chica era muy bonita, que parecía muy agitada, como si acabara de pasar por una grave conmoción moral, y que llevaba sólo una bata larga que se entreabría al andar, de modo que a cada movimiento se mostraban sus maravillosas y esculturales piernas.

Estaba tan ensimismada que tropezó con Doc.

Murmuró confusamente:

—Perdone.

Doc se la quedó mirando. Tuvo la sensación de que a la chica le iba a ocurrir algo de un momento a otro; que caería rodando por las escaleras o una cosa así. Estuvo a punto de sujetarla, y entonces al pie de las escaleras oyó aquella voz:

—¿Qué? ¿Ya ha muerto el viejo?

El que hablaba era un tipo panzudo, de unos cincuenta años. Vestía muy bien. Tenía unas mandíbulas grasientas y unos dientes de tiburón que mostraba en una socarrona sonrisa. Contemplaba a la chica como si quisiera merendársela.

Ella musitó:

—Por favor, déjeme en paz.

—Pero ha muerto, ¿no?

—Por desgracia, así es.

—Ya te lo dije; tenías que haber aceptado mi ayuda. Con mi dinero, el viejo pudo salvarse.

—Yo sé lo que me hubiera costado su dinero, señor Sanders. Entonces la muerta hubiera sido yo…, pero de asco.

El masculló:

—¡Estúpida!

Y movió la mano derecha, golpeándola brutalmente en la cara. La chica lanzó un gemido de sorpresa y dolor, resbaló y cayó derribada sobre la escalera.

Doc apretó los puños.

Se había jurado a sí mismo que no se metería en ningún lío más. Pero ¡qué diablos!, esto era distinto.

Bajó las escaleras poco a poco mientras susurraba:

—Oiga, amigo…

El otro no le miró siquiera, como si Doc no existiese, pero acercó poco a poco la mano al revólver.

CAPÍTULO V

Doc se dio cuenta inmediatamente de otra cosa: aquel tipo no estaba solo. Era el típico ricachón que cuenta con un guardaespaldas, y ahora aquel guardaespaldas se encontraba en la puerta. Había alzado el revólver, apuntando a Doc, y mostraba una sonrisa entre desdeñosa y asqueada.

—Más vale que no se mueva, amigo —silabeó—. Me sabría muy mal que un pedacito de plomo le estropeara la piel.

Doc, que tenía ya la derecha crispada junto a la funda pistolera, la bajó poco a poco.

Aquel tipejo que se llamaba Sanders rió.

Miró a la chica.

—¿Amigo tuyo, Leila?

Leila, la muchacha de las piernas suculentas, dirigió apenas una mirada a Doc.

—No es amigo mío. No le había visto nunca —murmuró.

—Mejor para él.

Y volvió a clavar sus ojos viscosos en las curvas de la muchacha.

—De modo que se ha muerto el viejo, ¿eh?

—Hace unos momentos.

—Tú eres responsable de su muerte, estúpida. Pudiste haberle salvado.

—No podía salvarle de ningún modo. Con su cochino dinero no hubiera conseguido nada, Sanders.

—Cochino dinero, ¿eh? Las mujeres sois muy chulas al principio. Lo sé por experiencia. Pero luego venís pidiendo de rodillas que uno os haga caso. Y tú vendrás también, muñeca. Vendrás a suplicarme y entonces te daré una palada donde más te duela.

Ella gimió:

—¡Déjeme en paz, Sanders! ¡Yo no me he metido con usted! ¡Déjeme!

—¿Adonde vas ahora?

—Quiero encargarme de que entierren el cadáver.

—Supongo que no tienes dinero…

—No.

—Pues aquí no se hace gratis nada, nena. Ni enterrar a los muertos.

—Conseguiré que me presten algo. Lo conseguiré de algún modo.

Sanders rió.

—Narices. Sé que de un momento a otro van a meterte en la cárcel porque ya debes dos meses de hotel. Si no os han echado antes a la calle es porque el viejo estaba muriéndose.

—Ése es asunto mío. ¡Repito que me deje en paz, Sanders!

—El dinero podría «prestártelo» yo, chata. Y sin intereses.

—Los intereses ya se los cobraría por anticipado, ¿verdad, Sanders? ¡Y ahora apártese! ¡Yo no le he pedido nada! ¡Déjeme en paz!

Fue a seguir avanzando, pero él le cortó el paso con una risita burlona.

—No es tan fácil, pequeña.

La chica fue hacia el lado opuesto.

Y Sanders le cortó el paso también.

—Menos humos, chata. Vas a tener que oírme.

Ella aún intentó pasar.

Sanders la derribó a un empujón sobre la escalera.

Y entonces Doc ya no pudo más. Doc había escuchado todo aquello en silencio, pensando que el guardaespaldas tenía un revólver y le estaba apuntando con él. Pero ahora decidió jugárselo todo a una carta siguiendo un impulso repentino, un impulso del que más tarde habría de arrepentirse.

Se dio cuenta de que el guardaespaldas, en ese preciso instante, no le miraba a él.

El guardaespaldas estaba ensimismado contemplando las curvas de la chica, que se mostraban generosas —aunque a la fuerza— sobre la alfombra de la escalera.

Ese momento de distracción anuló la ventaja con que contaba al

empuñar ya el revólver, mientras que Doc lo tenía en la funda. Cuando se dio cuenta de que Doc iba a actuar, los dos estaban ya en las mismas condiciones. Los dos habían sacado el «Colt».

Y la vida fue del más rápido.

El guardaespaldas lanzó una especie de ladrido mientras sentía la bala clavarse en su garganta.

Mientras su cuerpo se crispaba, barrió con plomo los bajos de la escalera. Si antes de morir no liquidó a su amo y a Leila, fue por verdadero milagro.

Mientras tanto, Sanders se había puesto en movimiento también. No era un as, pero tampoco era manco. Y además contaba con la ventaja de estar Doc pendiente del guardaespaldas.

Estuvo a punto de salirse con la suya, cuando el pequeño «Colt» que acababa de sacar de la funda sobaquera vomitó plomo. Doc sintió cómo le rozaba aquella bala disparada por una mano demasiado nerviosa. Su «Colt» escupió también dos balas. Sanders se estremeció, mortalmente alcanzado en el pecho.

Leila lanzó un grito.

El dueño del hotel estaba como petrificado.

Miraba los muertos mientras se llevaba ambas manos a la cara, pensando tal vez que aquello sería la ruina de su establecimiento.

Leila miró entonces a Doc más atentamente.

Como si lo viera por primera vez.

Con un soplo de voz dijo:

—No debió hacer esto. No debió hacerlo nunca…

—Lo siento. No he podido evitarlo.

—¿Sabe quién era Sanders?

—Supongo que uno de los gallitos de la ciudad.

—Era uno de los hombres más importantes de Albuquerque. Sus herederos le vengarán. Harán que usted pague caro esto.

Doc rió, aunque malditas las ganas que tenía de hacerlo.

—Al contrario, muñeca. Sus herederos me levantarán un monumento porque les he hecho un favor que no esperaban. Ese perro aún hubiera vivido demasiados años.

El dueño del hotel miró los dos cadáveres y gimió aterrorizado:

—¡Por favor, váyanse de aquí!

—Creo que no tendremos más remedio que hacerlo —murmuró Doc—. Yo me iré a cualquier ciudad. Pero ¿y usted? ¿Cómo pagará

el entierro?

—Confío en que me darán crédito.

Doc parpadeó.

—Yo tengo algún dinero… —musitó, teniendo la sensación de estar metiéndose en un buen lío.

—No piense en eso. Usted lo necesitará.

—Cierto. La verdad es que voy a necesitarlo, pero…

Se rascó la nuca y miró la escritura que tenía en la mano izquierda.

—Ciertamente, voy a necesitarlo —dijo—. Estoy sin trabajo y Albuquerque es una ciudad cara. Sin embargo, creo que tal vez pueda ayudarla. ¿Ve esta escritura?

—Claro que la veo.

—Es el título de propiedad de unos terrenos. Por disposición de su primer dueño, es un título al portador. Con este documento uno puede registrar la propiedad. Quiero decir que es como si en las manos tuviera dinero.

Ella parpadeó.

—¿Mucho?

—No lo sé. Ignoro lo que pueda valer esa finca, pero por poco que valga, siempre será suficiente para pagar el entierro de un hombre. Imagino que el agente de pompas fúnebres no se resistirá a aceptarla.

—¡A mí no me dejen el muerto arriba! ¿Eh? —gritó el dueño del hotel, poniéndose frenético—. ¡A mí no me dejen el muerto arriba!

La chica vacilaba.

—Esto debe ser algo muy valioso para usted… —dijo.

—No, no… Le prometo que me hace un favor al llevárselo. Esa escritura habría llegado a ser una pesadilla para mí. Si la emplea, me hará un favor.

Leila vacilaba de nuevo. Se daba cuenta de que él quería favorecerla, y dudaba entre aceptar o no.

Al fin sus manos trémulas se tendieron hacia el documento.

Susurró:

—Gracias…

Y salió a la calle sin darse cuenta de que iba a armar una revolución en cuanto la gente viera cómo se le abría la bata.

Doc miró al dueño del hotel.

—Supongo que estos dos cadáveres de abajo los retirará usted —dijo suavemente—. Del de arriba ya se encargará la chica.

—¡Váyase al infierno!

Doc susurró:

—Naturalmente. Pero sin prisa… Sin prisa…

Y salió. No sospechaba en aquel momento la verdad tan grande que acababa de escuchar. No sabía que realmente se iba de cabeza al infierno.

Capítulo VI

Era urgente que se largara de la ciudad, porque su experiencia le decía que lo de la muerte de Sanders no iba a ser moco de pavo. Lo perseguirían como a un perro hasta que le matasen o le obligaran a matar. Ninguna de las dos cosas —sobre todo la primera— interesaba lo más mínimo a Doc.

De manera que se dispuso a poner tierra de por medio.

Fue a un *saloon,* se tomó un *whisky* y pensó que no podía volver al hotel.

Los herederos de Sanders le buscarían para matarle.

De modo que se dirigió a un muchacho con aspecto muy despierto que apilaba pequeños sacos de harina junto a la puerta del General Store.

—Eh, chico.

—Diga, señor.

—¿Quieres hacerme un favor y ganarte un dólar?

—¡Claro! ¡Nada menos que un dólar! ¡Por ese precio el dueño de la tienda se está todo el día chupándome la sangre!

—Te diré lo que has de hacer. Ve al hotel de ahí enfrente y pagas estos tres dólares de parte del señor Doc, de la habitación nueve. Es lo que debo por el hospedaje de una noche. El cuarto dólar te lo quedas para ti. Ah… Y pregunta si ya han podido arreglar lo del entierro del viejo.

—¿Lo del entierro del viejo?

—El dueño ya sabrá lo que quieres decir. Hala, vete.

El chico se largó.

No había vigilado el hotel todo el rato, y por tanto Leila podía haber vuelto mientras él se tomaba el *whisky*.

El chico regresó al cabo de unos instantes.

—Ya he pagado —dijo, entregándole un recibo—. Y en cuanto a lo del entierro, nada de nada.

—¿Quieres decir que la chica no ha vuelto?

—No ha vuelto nadie.

—Es extraño.

—¿Se refiere a la chica que ha salido llevando una bata que se entreabría? —preguntó el chico pícaramente.

—Sí.

—No ha vuelto. Seguro que no. Yo he estado vigilando todo el rato por si la veía otra vez. Tanto vigilaba que por poco meto un saco de harina en la boca de una clienta.

Doc estaba más extrañado cada vez.

—¿Dónde está la empresa de pompas fúnebres más cercana? —susurró.

—Doblando la esquina, dos calles a la derecha.

—Gracias.

Y Doc se largó.

Antes de doblar la esquina, oyó la voz del chico que decía:

—¡Oiga, amigo! ¡Es una empresa muy barata! ¡Por cinco dólares entierran a uno! ¡Y por siete incluso ponen ellos el muerto!

El joven llegó a la funeraria. Allí, junto al mostrador, estaba un tío medio dormido. Seguro que no había visto a la chica, porque de lo contrario… ¡qué diablos iba a estar dormido! Tendría unos ojos como bengalas.

—Oiga, amigo…, ¿no ha visto a una mujer así y así?

—¿Muerta?

—No, cuerno, no. ¡Viva!

—La última mujer a la que he visto viva ha sido mi suegra, que ya tiene sesenta años. Por cierto, por poco me hincha un ojo.

—¿De modo que no ha estado aquí una chica de unos veinte años, con una bata que se entreabría y enseñaba…, enseñaba…?

El otro se despertó del todo.

—¿Qué enseñaba? ¡Diga, diga!

Doc se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿No hay otra funeraria en la ciudad?

—Sí, pero al otro lado de Albuquerque.

No era probable que la muchacha hubiese ido allí. Vestida como iba, no habría recorrido la ciudad entera. Eso significaba que la

había detenido alguien antes de llegar a la empresa de pompas fúnebres. Pero ¿quién?

Salió sintiendo que le zumbaban las sienes.

A la izquierda de la funeraria había una corta calle de casas destartaladas y que estaban siendo reconstruidas. Nadie habitaba por el momento allí. Aquello tenía un sórdido y repulsivo aspecto de callejón de la muerte.

En el cerebro del joven pareció encenderse una lucecita.

Su experiencia le dijo que si a Leila la habían raptado, tendrían que haberla conducido por allí. En otro sitio la cosa hubiera llamado la atención. O encontraría rastros de ella en aquellas casas o no los encontraría en ninguna parte.

Las fue recorriendo una a una.

Era peligroso moverse por allí, ya que los suelos cedían y las vigas se derrumbaban.

Al fin entró en un edificio que había sido almacén, y en el que ahora se escuchaban las carreras furtivas de las ratas.

Doc se estremeció.

Sus ojos se desencajaron mientras hasta los dedos eran sacudidos como por una descarga eléctrica.

La chica estaba allí.

Muerta. Estrangulada.

Con aquellas horribles marcas en el cuello, las marcas que ya había visto en los otros.

CAPÍTULO VII

Doc no tuvo tiempo para pensar demasiado.

La chica llevaba muerta sólo unos minutos, y por lo tanto el asesino aún debía estar allí. Pero cuando Doc se hizo esa reflexión, los acontecimientos se habían precipitado.

Vio surgir a aquel tipo desde las sombras.

Era como una mancha negra.

Como una mancha horrible.

Iba cubierto con una especie de impermeable negro o morado, muy ancho, que le daba un extraño aspecto de vampiro. Su sombrero era del mismo color, y su dentadura, que era enteramente de plata, la daba un raro aspecto de monstruo mecánico.

Pero Doc no se fijó en esos detalles.

Se fijó en sus manos.

¡Sus manos, que iban cubiertas por unos horribles guantes articulados, hechos de hierro!

Cuando se dio cuenta de lo ocurrido, ya las manos se estaban cerrando en torno a su cuello.

Se encontraba ante un auténtico estrangulador profesional. Un fantasma que confiaba más en sus dedos que en su revólver.

Porque, además, Doc ya no tenía revólver.

De un hábil rodillazo, que debía tener muy bien ensayado, el estrangulador había hecho bailar la funda, obligando a que cayera al suelo el pesado «Colt» que se encontraba en ella.

Los dedos se cerraron con una fuerza feroz.

Con una precisión implacable.

Doc notó el doloroso movimiento de torsión que rompería sus vértebras cervicales y le mataría en cuestión de segundos.

Hizo entonces lo que le habían enseñado a hacer en Yuma.

Porque en Yuma había aprendido muchas cosas, además de les trabajos de oficina.

Con los cantos de las manos abiertas, golpeó salvajemente los riñones de su enemigo.

Pero entonces comprendió, con estupor, por qué aquel tipo llevaba el impermeable ancho. Toda su cintura estaba cubierta por una gruesa faja protectora. A aquel monstruo ya podían pegarle en los riñones, porque no se enteraba. Se las sabía todas.

Doc notó que sus ojos se nublaban.

Sus rodillas cedían.

Pero pensó que dentro de un instante sería uno más de aquellos muertos que había visto con la inscripción «Bidonville», y eso le dio nuevas fuerzas. A él, no. A él no iban a despacharle mientras no hubiera vengado a Leila.

Atizó un espantoso rodillazo al bajo vientre de su enemigo.

Y eso sí que no lo llevaba enfajado.

El estrangulador emitió un aullido, pero no soltó su presa.

Doc insistió. Era su única esperanza.

Y era sorprendente la enorme fuerza que el muy maldito aún conservaba en su rodilla derecha.

El estrangulador aflojó su presa. Ahora ya no pudo más. Una especie de ronroneo escapó de su garganta.

Doc alzó las manos y le sujetó los párpados, apretándolos de tal forma que el otro —aunque había cerrado los ojos— no pudo resistir el terrible dolor, creyendo que iba a quedarse ciego.

Tuvo que retroceder y soltar del todo el cuello de Doc.

Éste respiró con ansia.

Había estado a punto de hundirse del todo, pero ahora tenía a su enemigo al alcance de los puños. Y con los puños no necesitaba Doc que nadie le diera lecciones.

El estrangulador aún vacilaba.

Doc disparó su izquierda para situarlo bien. El otro descubrió la cara, y entonces Doc disparó su fulminante derecha.

Fue una bolea de las que echan humo.

La mandíbula del estrangulador crujió. Quiso golpear con sus guantes de hierro, pero los impactos fueron al aire. Doc sabía que no podía golpear al estómago a causa de la faja, de modo que se ensañó con la cara.

Las cejas de su enemigo saltaron. La boca se le partió.

Doc había practicado salvajes combates de boxeo en Yuma. A veces los guardianes se divertían enfrentando a los hombres más fuertes del penal, para que se golpeasen hasta tener que ser llevados a la enfermería. Un par de ellos fueron al cementerio, hasta que el director prohibió el espectáculo. Como allí no había árbitro, valía todo. Los guardianes enronquecían de entusiasmo mientras gritaban al ganador: «¡Pega, pega maldito! ¡PEGA!».

Ahora Doc parecía estar oyendo otra vez aquellos gritos.

Y pegó.

Pegó con todos sus músculos y con toda su rabia.

El estrangulador, acorralado en la pared, no sabía de dónde le llegaba tantos golpes. Sus rodillas se iban doblando, pero el buitre no caía.

Doc pensó: «¡Peor para ti!».

Podía golpear casi a placer.

La cara del asesino iba de un lado a otro, sacudida por los impactos. Su mandíbula estaba destrozada. Doc pensaría más tarde que debió conservarle vivo para hacerle hablar, pero ahora no lo pensaba.

Sus últimos y definitivos golpes fueron a la garganta del estrangulador.

Éste se derrumbó como un fardo.

Doc se dio cuenta entonces de que había acabado con él. Lo vio caer y respiró ansiosamente. Después de la pelea y de lo que había sufrido su cuello, estaba agotado. Tuvo que apoyarse en la pared y reponerse poco a poco, porque sus piernas no le sostenían.

Al fin se acercó de nuevo al cadáver y le quitó el ancho impermeable. En uno de los anchos bolsillos interiores de éste, encontró la escritura de propiedad de Bidonville. Se la había quitado a la chica.

Es decir…, ¡la había estrangulado para robársela!

Doc estaba anonadado.

Se sentía responsable de aquella muerte. Importándole poco la herencia del viejo Monty, se había deshecho de ella para ayudar a la muchacha. Y con ello…, ¡con ello le había dado la muerte!

El joven vacilaba.

Pero al fin comprendió que nada podía hacer ya allí.

Tenía que largarse cuanto antes o aún le acusarían de un doble crimen, tratándose de un ex presidiario. En menor escala, a Doc le había pasado eso más de una vez, y por eso se había jurado a sí mismo no meterse en nuevos líos.

Pero ahora estaba metido no en un lío…, ¡estaba metido en un saco de ellos!

Salió de allí con la escritura de La Heredad y las facciones contraídas. Seguiría aquel asunto hasta el fin. Sabría qué era lo que había detrás de todo aquello. Llenaría tantas tumbas como hiciera falta hasta desentrañar aquel misterio.

Volvió al hotel procurando que no le viesen, caminando por la parte trasera de las casas.

CAPÍTULO VIII

Mientras se dirigía al hotel, Doc pensaba en muchos muertos, pero de repente comprendió que tenía que pensar sólo en uno. El «viejo», seguramente el abuelo de Leila, aún estaría en el hotel, esperando que fuesen a buscarlo los de la funeraria. Y él no podía dejarlo así. De modo que, aunque era peligroso, decidió cuidar de aquel pobre cadáver hasta el último momento.

Volvió a la casa de pompas fúnebres.

El dueño seguía dormido, pero ahora con un ojo hinchado.

Por lo visto su suegra había vuelto.

Miró a Doc y susurró:

—¿Qué pasa? ¿Encontró a la chica?

—Por desgracia, sí.

—¿Por desgracia?

—La habían asesinado.

El de la funeraria se frotó las manos.

—Bueno, así son dos cadáveres en lugar de uno. Le haré precio especial y descuento.

—Desgraciadamente, no puedo ocuparme del cuerpo de la muchacha. Sería un lío para mí, a pesar de que no tengo la culpa de nada. Pero del cadáver de su abuelo sí que quiero ocuparme. Es un deber de caridad.

—¿Dónde está el fiambre?

—En el hotel Quirón, muy cerca de aquí.

—¿Cuánto quiere gastar? Puedo hacerle un entierro decentito por siete dólares. Luego hay de diez, quince, veinte y cincuenta. El entierro de cincuenta es como para chuparse los dedos. Hubo un cliente que repitió.

—Tendré que conformarme con el de siete. No soy rico. Ah… Y

además me corre mucha prisa porque he de largarme de la ciudad. Quisiera que llevara el ataúd ahora mismo y se hiciera cargo del cadáver para…, para todo.

—Por supuesto que sí. Mi aprendiz lo llevará hasta el hotel. ¡Holmes! Pero ¿dónde se habrá metido mi aprendiz? ¡Holmeeees…!

La tapa de uno de los ataúdes que estaban puestos de pie en la tienda se abrió.

Un tipo de unos setenta años, con una larga barba blanca, salió de dentro pensativamente.

—¡No grite tanto, cuerno! Aquí estoy, jefe.

—Tienes que llevar un ataúd, Holmes.

—Claro que sí, jefe.

—Es un entierro de siete dólares. Ya sabes qué ataúdes son.

—Claro que sí, jefe. Como el de la semana pasada. Como aquel que sé desclavó y se nos salió el muerto por debajo.

—¡Cállate, bestia!

—Sí, jefe.

Y desapareció en busca de la «mercancía».

Doc tartamudeó:

—¿Pero éste es…, éste es su aprendiz? —Claro que sí.

—¿Aprendiz de qué? A su edad…

—¡Aprendiz de muerto!

Holmes y Doc llegaron con el ataúd al hotel Quirón, pero antes de penetrar en él, Doc miró a través de la puerta.

No se distinguían ni el cadáver, de Sanders ni el de su guardaespaldas.

Se los habían llevado, lo cual indicaba que su muerte ya era bien conocida en la ciudad. E indicaba también que los amigos de Sanders podían venir en cualquier momento a liquidar a su matador.

Doc pensó que las cosas se habían puesto definitivamente feas, y dudó antes de entrar. Pero el dueño del hotel le hizo señas para que pasara.

—No se preocupe, amigo; es lo que usted dijo. Ha sido la monda. Los herederos de Sanders le buscan.

—¿Para qué? ¿Para matarme?

—No. Para hacerle un monumento. Van a cobrar una herencia que no se la salta un caballo.

—¿Por lo tanto no tengo nada que temer por ese lado?

—Nada.

—Vaya, menos mal. Ya era hora de que algo me saliera bien… ¿Dónde esté el «viejo»?

—Si se refiere al abuelo de Leila, lo encontrará en el segundo piso, habitación tercera. ¿Y ella? ¿Por qué no ha venido?

Doc prefirió no contestar.

No hubiera sabido qué decir, y de todos modos pronto se enterarían.

Subió a la habitación indicada y encontró al fiambre tendido en la cama. Era un cadáver pequeñito, el cadáver de un hombre de unos sesenta años que, aun después de muerto, tenía pinta de sinvergüenza y de saberla larga.

Holmes lo metió de un empujón en el ataúd, por el sencillo procedimiento de colocar la caja en el suelo a un lado de la cama, y hacer rodar al viejo hasta que cayó dentro. Luego la cerró tranquilamente y dijo:

—Fuera.

—¿Quiere que le ayude? —se ofreció Doc.

—No, no hace falta.

—Las escaleras son muy pesadas.

—Es que no voy a bajar las escaleras.

—Pues, ¿por dónde va a sacar el muerto?

—Por la ventana, naturalmente.

Doc estaba asombrado.

Pero Holmes no se inmutó. Con una fuerza que era envidiable a sus años, empujó el ataúd desde la cama hasta la ventana y empezó a empujarlo hacia afuera mientras gritaba:

—¡Peter! ¡Allá vaaaaa…!

Soltó el ataúd, que en contra de lo que esperaba Doc, ni hizo ningún estruendo al caer.

Cuando Doc miró por la ventana, comprendió la causa. El ataúd había caído encima de la paja de un carro que acababa de colocarse justamente debajo.

El del carro gritaba a Holmes:

—¡Otra vez he acertado! ¡Me debes un dólar!

—¿Qué diablos ha acertado? —preguntó Doc.

Holmes consultó un reloj de latón mientras se dirigía hacia la

puerta.

—Siempre me sigue y adivina por qué ventana voy a lanzar el cadáver —explicó.

—¿Y si no lo adivina?

—Pues como el muerto no se va a morir dos veces, lo único que se estropea es la caja. La pago yo y en paz.

—¡Cuerno! ¿Y si resulta que estaba algún tío debajo?

—Pues entonces tengo dos muertos en lugar de uno. Es estupendo. El dueño me paga tres dólares cada vez que eso suceda.

Doc se pasó el dorso de la mano por la boca.

Empezaba a sentirse turulato.

Y hasta empezó a pensar que nunca había estado tan tranquilo como cuando lo tenían encerrado en Yuma.

Pero ya no podía pensar más. El carro se estaba poniendo en marcha. Tenía que darse prisa si quería acompañar al viejo hasta el cementerio y darle la última despedida.

No podía imaginarse una ceremonia más triste que aquélla.

Sólo estaban Holmes y él en el cementerio, aparte del sepulturero que había abierto la fosa. El ataúd era barato y ya estaba sucio de tierra. El rincón del cementerio que le habían asignado era el más polvoriento y sucio. Para que no faltase nada, la mañana antes luminosa se había vuelto gris y amenazaba con ponerse a lloviznar.

Doc daba vueltas al sombrero en sus manos, pensativamente.

Le daba tristeza ver un entierro así.

Pensaba que a él cualquier día iba a ocurrirle lo mismo.

Y no podía imaginarse lo cerca que estaba de adivinar la verdad.

Porque a él alguien había decidido enterrarle aquella misma mañana.

Enterrarle con el sombrero en las manos y con las botas puestas.

CAPÍTULO IX

La voz llegó lentamente desde el otro lado del sendero. Holmes y él se habían adelantado hasta el borde de la fosa, para ver si ésta era lo bastante profunda. Entre el sendero y ellos estaba el ataúd, que por consiguiente tenían en aquellos momentos a su espalda.

La voz murmuró:

—Era imposible encontrarte en un sitio mejor, amigo.

Doc se envaró.

Supo que la cosa era por él.

Pero no llevó la mano al revólver, porque supo también que le estaban apuntando.

La voz murmuró:

—Suelta el cinto-canana. Desabróchalo y no acerques para nada las manos a la funda.

Doc obedeció. Por un leve roce de pies que oía junto al sendero, calculó que al menos eran tres los hombres que estaban a su espalda.

Tuvo la tentación de hacer una locura y jugárselo todo a una carta, pero esa carta estaba de antemano perdida.

La misma voz repitió:

—Ahora puedes volverte.

Doc se volvió y miró a sus enemigos. Efectivamente, eran tres. Le apuntaban dos con revólveres y uno con un rifle. No los conocía, pero por su aspecto podía suponer cuál era su procedencia.

Uno de ellos lanzó una carcajada.

—Estupendo, amigo. Ni pintado. Qué suerte encontrarte en el mismísimo cementerio y con la fosa va abierta…

Doc masculló:

—¿Quién os envía?

—Puedes imaginarlo, ¿no?

Y los ojos se clavaron en la escritura de propiedad de Bidonville, que sobresalía de uno de los bolsillos del chaquetón de Doc.

Éste bisbiseó:

—Me gustaría saber quién es vuestro cochino jefe.

—No hay inconveniente en que lo sepas, puesto que vas a morir.

—¿Cómo se llama?

—Ballister.

El joven no lo había oído nombrar nunca. Pero se le ocurrió pensar que aquel nombre quedaría muy bien en una lápida.

—¿Qué quiere Ballister? —musitó.

—En primer lugar, apartarte porque estorbas. En segundo lugar, disponer de esa escritura.

Y la señaló. Doc la sacó del bolsillo lentamente, dejándola caer en sus pies.

—Podéis recogerla —murmuró.

Esperaba que para eso sus enemigos cometieran algún error, pero no lo cometieron. El que llevaba la voz cantante señaló el documento con el cañón de su revólver.

—Tú, Joe, hazte con él.

Joe se inclinó y lo recogió mientras los demás seguían vigilando. El impulso de Doc, que iba a saltar, quedó frenado instantáneamente.

Después, Joe guardó el documento y miró la fosa.

—Es bastante profunda —dijo—. Un poco apretados creo que van a caber los tres.

Doc quedó helado.

—¿Pero es que vais a ser tan salvajes de…, de…? —barbotó.

—¿De matarlos a ellos también? Claro que sí, amigo. No hay por qué dejar testigos inútiles a la espalda. Y además, ¿quiénes son esos desgraciados? ¿Qué importancia tienen?

Los dientes de Doc rechinaron.

—Miserables hijos de perra… —barbotó.

Pero sabía que sus protestas no iban a servir para nada.

Los tres hombres les apuntaban ya con sus revólveres, tras elegir cada uno a una víctima.

Y movieron los gatillos…

CAPÍTULO X

Lo que ocurrió a continuación no lo entendería Doc hasta bastante más tarde. En el primer instante tuvo incluso la sensación de estar viviendo un sueño. Cuando oyó los disparos, pensó que las balas venían por él y por sus dos desgraciados compañeros de fatigas.

Pero no sintió ningún dolor.

Al contrario, fueron sus tres enemigos los que se retorcieron en un mismo y mortal espasmo.

Doc miró entonces hacia el ataúd que estaba detrás de los tres hombres. Lo miró sólo entonces porque, la verdad, era el último sitio del mundo donde se le hubiera ocurrido mirar.

La tapa se había alzado.

Por debajo de ella asomaban unos ojos brillantes y una cara color ceniza.

Asomaba también un pequeño revólver «Colt», tan pequeño como los que usaban los tahúres profesionales.

El tipo que estaba allí dentro no necesitó más que tres balas para fabricar tres muertos.

Se quedó de piedra.

Estaba tan quieto que por un momento pareció como si las balas le hubiesen alcanzado también a él.

La tapa se alzó del todo.

¡Y el abuelo de Leila salió del ataúd! ¡El muy bestia, salió soplando en el cañón del revólver como si nada hubiera ocurrido!

El vejete saludó y dijo:

—Perdonen, creo que no me he presentado.

—Ya se ha presentado usted, amigo —farfulló Doc—. Y nada menos que con tres disparos.

—De todos modos, será mejor que me conozcan. Me llamo

Potter.

—¿Y…, y qué hace ahí?

—Estoy muerto, ¿no?

Doc apretó los puños.

—Creo que va a estarlo dentro de unos minutos, amigo, si no me explica qué cuerno de broma es ésta.

—Mi nieta Leila y yo fingimos que me había muerto. Ya lo hemos hecho tres veces y cada día nos sale mejor.

—Ya veo…

—Aquí donde me ven, uno, modestamente, es un gran artista. Sé maquillarme estupendamente, y el color a muerto me queda que ni de rechupete. También sé estarme quieto y fingiendo que no respiro las horas que haga falta. Sólo una vez me moví y se estropeó todo cuando me pusieron delante una botella de *whisky*.

—Pero todo esto, ¿por qué lo hace?

—¿Por qué lo hago? Je, je… Amigo, usted no sabe lo que es la vida. El hacerme el fiambre es el único sistema que conozco para poder salir de los hoteles por la puerta grande y encima sin pagar… También de ese modo puedo largarme de las ciudades y dejar a los acreedores con un palmo de narices. Usted no sabe la de acreedores que tengo, muchacho. Si le doy la lista entera, se va a creer que es la lista de soldados que en este momento tienen en filas los Estados Unidos.

Doc ya no quería ni pensar.

Estaba ante un pájaro de cuenta.

Pero aquel pájaro de cuenta le había salvado la vida, de modo que tenía que hacer cuanto estuviera en su mano para ayudarlo.

—Oiga —balbuceó—, ¿y qué hubiera hecho más tarde si llegan a enterrarle?

—No me hubiera dejado enterrar. ¿Cree que soy tonto? Ya me he largado otras veces sin que el sepulturero se diera cuenta, o largándole todo lo más un par de dólares de propina. Mire, amigo, aquí tiene su par de dólares —añadió—; se los ha ganado.

Y los entregó al sepulturero, que estaba más asombrado que una jirafa dentro de una bañera.

Potter se frotó las manos y murmuró:

—Y ahora…, ¡al grano! Ahora me reuniré con mi nieta y me largaré de aquí. Estoy dispuesto a iniciar una nueva vida en Texas.

—¿Qué clase de vida? —preguntó tímidamente Doc.

—Dicen que en Texas y Oklahoma hay petróleo. Dicen que allí se hacen fortunas y que la gente es de buena fe. Con un poco de suerte pienso forrarme, amigo.

Doc se pasó el dorso de la mano por la boca.

En la mueca de sus labios flotaba una infinita tristeza.

—Potter, me veo obligado a decirle una cosa. Una cosa terrible.

—¿Qué es? ¡Hable de una maldita vez!

—No podrá ver ya más a su nieta Leila. Ha sido… asesinada.

El viejo se estremeció.

Sus hombros sufrieron una sacudida.

Todo el dolor del mundo pareció reflejarse en sus ojos, que ahora sí que eran los de un muerto de verdad. Sus ojos que de pronto habían perdido la luz, que miraban sin ver…

Doc susurró:

—Le juro que ha sido vengada.

—¿Quién…, quién la ha matado?

—El hombre que lo hizo ya está convertido en una piltrafa. No tema, no hará daño a nadie más. Pero queda el jefe que le ordenó hacerlo, un jefe a quien todavía he de encontrar… y matar.

El viejo tartamudeó:

—¿Ballister?

—Creo que sí.

—Quiero saber dónde…, dónde está ese perro.

El joven recogió del suelo la escritura de propiedad de Bidonville, que aún continuaba donde la lanzó, y que como un mal presagio se había manchado con unas gotitas de sangre.

—No creo que esté en Albuquerque —dijo.

—¿Pues dónde infiernos puede estar?

—Aquí.

Y palmeó en la escritura.

—¿Qué es eso?

—Él título de propiedad de un sitio llamado La Heredad, donde parece que hay una extraña ciudad llamada Bidonville. Creo que es allí donde se puede encontrar a Ballister…, y donde se le puede hacer un regalo llamado muerte.

—¿Va a dirigirse allí? —preguntó temblorosamente Potter.

—Sí. Y, si quiere, puede acompañarme.

—Lo siento… No voy a hacerlo. Quiero ocuparme del entierro de Leila. Ha de tener un entierro digno, ya que es lo último que puedo hacer por ella. Y quiero convencerme también de que su asesino está bien muerto.

Doc torció los labios.

—Ha sido un individuo vestido de negro y que llevaba guantes de metal —susurró—. Si queda algún pedazo aprovechable de él, me avisa, amigo. Pero creo que no va a encontrarlo.

Entregó al viejo veinte dólares para el sepelio de Leila.

Era casi cuanto tenía.

Y luego se dirigió a pie hacia la salida del cementerio, para dirigirse también a pie hacia la salida de Albuquerque.

Allí se organizaban caravanas de emigrantes que iban hacia el interior del territorio. También había carros de buhoneros que viajaban de un lado a otro. Quizá alguno de ellos querría llevarle a cambio de hacer algunos trabajos, como por ejemplo acarrear agua o leña.

Cuando salió de Albuquerque, Doc tenía la mirada perdida.

No hubiera sabido explicar bien por qué, pero le parecía como si allí se hubiese dejado parte de su alma. Como parte de su vida se la había dejado en Yuma…

CAPÍTULO XI

El carro ascendió trabajosamente la colina pedregosa, mientras el conductor fustigaba a los dos caballos. Éstos, caso de poder hablar, se hubieran acordado de la madre de su dueño. Y posiblemente se acordaban, aunque no lo decían. Ya se sabe que los caballos piensan.

La subida parecía no ir a terminarse nunca.

Aquello estaba en el quinto infierno.

El buhonero, que era el dueño del carro, se volvió hacia Doc y explicó:

—Suelo pasar por aquí porque acorto camino, pero he de reconocer que la ruta es pésima. Además, aquí nadie me compra nada. Esto está deshabitado como un desierto.

En efecto, no se veía a nadie.

El carromato, pintado de vistosos colores entre el rojo y el amarillo, anunciaba: «Aquí se vende jabón de afeitar, toallas, vestidos de señora, medias, calzoncillos de caballero, jotos de chicas, agua de colonia, revólveres, libros de oraciones y *whisky*».

Es decir, al buhonero sólo le faltaba vender piezas de artillería.

Pero era verdad; aquella zona pedregosa y árida, nadie se acercaba a comprarle.

Volvió otra vez la cabeza hacia Doc.

—¿Por qué infiernos ha querido venir hasta aquí, amigo?

—Ya se lo he dicho: tengo interés en conocer un territorio que se llama La Heredad.

—Pues empieza allá arriba. ¿Ve ese camino a la derecha?

—Claro que sí.

—Pues sígalo. Mi carromato no puede rodar por esa ruta, y a mí tampoco me interesa desviarme. Allí arriba está lo que llaman La

Heredad. Un mal sitio. No sé por qué demonios quiere visitarlo.

—Cosas que tiene uno.

—Entonces que le zurzan, amigo. Y gracias por haberse ocupado del agua y de la leña durante todo el viaje.

—Gracias a usted por el paseo, amigo.

El «paseo» había durado tres días.

Doc saltó del carromato y se dirigió ágilmente hacia el camino que el buhonero le indicara.

Ciertamente aquello era como la subida al infierno, si es que para ir al infierno se sube en vez de bajar, cosa que ningún difunto ha contado todavía.

El joven tardó casi una hora en llegar a lo alto del camino, en el cual un letrero descolorido indicaba:

LA HEREDAD

Aquel letrero no debía haber sido tocado en cerca de veinte años.

Doc miró hacia atrás.

El carromato del buhonero ya había desaparecido en la distancia. El tenía la sensación de estar solo en el mundo, en una soledad inaguantable y atroz.

¿Sólo en el mundo?

Las circunstancias se encargaron de demostrarle que no.

Por lo menos había alguien cerca de él.

Alguien que le envió una bala.

El disparo rasgó el silencio de las alturas, y la bala pasó junto al oído izquierdo de Doc, para terminar estrellándose contra una roca. El tiro, hecho con un «Winchester», había sido a matar, pero al dueño del rifle le había fallado un poco la puntería a causa de la distancia.

Doc se pegó al suelo.

Sacó el revólver y esperó, mientras trataba de calcular la procedencia del disparo.

Vio brotar una nubecilla de humo en lo alto de una roca.

Y enseguida se oyó la detonación y el pitido de una segunda bala, que como la anterior fue a deshacerse contra uno de los peñascos.

El joven empezó a reptar poco a poco, apoyándose en los codos.

Sí aquello no era una trampa, se estaba enfrentando a un solo tirador. Y si el tirador se estaba quieto, él podría cazarle de flanco.

Dos disparos más rasgaron el silencio de la tarde.

El del rifle, confundido por las sombras, creía ver a Doc donde Doc ya no estaba. Mientras tanto el joven avanzaba poco a poco, siempre reptando sobre sus codos, aunque de trecho en trecho daba rápidos saltos, cuando sabía que estaba en sitio cubierto.

Después de diez minutos que le parecieron interminables, vio a su enemigo. Éste iba vestido como un viejo minero, con una camisa a cuadros y un sombrero deshinchado y negro. Aún disparó otra vez hacia adelante, sin sospechar que tenía a Doc a su izquierda.

Éste pensó que se enfrentaba a uno de los hombres de Ballister y su primer impulso fue acabar con él; dejarlo seco de dos balazos.

Pero se contuvo porque le interesaba que aquel hombre hablase; de modo que apuntó cuidadosamente y le envió la bala al hombro derecho, dejándole inmovilizada toda aquella parte del cuerpo.

El del rifle lo soltó mientras lanzaba un gruñido.

Doc apareció en lo alto de una roca, por encima de su cabeza, y dio un salto que hubiera envidiado un campeón olímpico.

Cayó sobre el herido. La intención de Doc era golpearle con los pies y dejarle exánime, pero el otro debía ser un luchador experimentado, porque supo recibirle bien. Flexionó las piernas, y cuando Doc cayó materialmente sobre las suelas de sus botas, disparó las dos piernas al mismo tiempo. Doc salió despedido y se estrelló de cabeza contra una de las rocas.

El impacto era suficiente para matar a un hombre, pero no pudo con Doc. Éste ni siquiera perdió el sentido, aunque todos los huesos de su cuerpo parecieron querer irse de vacaciones. Le pareció que el cerebro se le iba por las orejas.

El desconocido trató de recuperar el rifle con la mano izquierda.

Doc tuvo una nueva oportunidad para matarle, porque aún conservaba el revólver, pero no la aprovechó. Lo único que hizo fue saltar de nuevo, con una agilidad que el otro ya no esperaba.

Le dio un salvaje puntapié a la mandíbula, dejando a su enemigo completamente K. O.

Pero el del rifle había logrado disparar en el último instante, sosteniéndolo precariamente con la mano izquierda. La bala pareció

estallar en el centro del cráneo de Doc.

Y éste sintió que sus ojos se nublaban, que sus rodillas cedían, que todo daba vueltas en torno suyo…

Cuando cayó al suelo, estrellándose contra las piedras, el dolor fue intensísimo y su cara se llenó de sangre.

Pero él ni siquiera lo notó…

CAPÍTULO XII

Cuando recobró el sentido, le estaban pasando un paño húmedo por la cara y la cabeza. Un olor aromático impregnaba el ambiente. Y toda su cara se llenaba de una sensación fresca, como si lo que hubiera en el paño fuese una esencia mentolada.

Las formas borrosas que llenaban la habitación se fueron concentrando ante los ojos de Doc.

Y éste parpadeó asombrado.

Porque la que cuidaba de él y le limpiaba suavemente el rostro era una mujer.

Ella musitó:

—¿Cómo se encuentra?

—Parece que… mucho mejor.

—Una bala le ha rozado la cabeza, pero por fortuna no parece que la cosa sea grave. Sólo tiene una rozadura, y la gente dice que las heridas en la cabeza o matan enseguida o no matan ya nunca.

Doc cerró un momento los ojos nuevamente, para ir recobrando fuerzas y para dominar el vértigo que sentía. Luego musitó:

—Yo he peleado con un hombre…

—Sí, Con Loup.

—¿Ha muerto?

—No. Incluso él ha recobrado el conocimiento antes que usted. Ha sido Loup el que le ha traído a Bidonville.

—¿El me ha ayudado? ¿Y por qué no me mató al recobrar el conocimiento antes que yo?

—Por una sencilla razón, que me ha explicado enseguida; él se ha dado cuenta de que usted no quiso matarle cuando podía hacerlo.

Ahora sí que el joven no supo qué pensar.

—¿Dónde me encuentro? —bisbiseó.

—Ya se lo he dicho: en Bidonville.

—¿Esto pertenece a Ballister?

—¿Quién es Ballister? No lo he oído nombrar nunca.

El joven se sintió a salvo.

Pensó en la escritura de propiedad y se aseguró que la llevaba en el bolsillo. Nadie la había tocado.

La mujer susurró:

—Voy a prepararle un zumo de hierbas con licor. Le reconfortará.

Y Doc la vio desaparecer tras una puerta.

Estaba asombrado, porque si Bidonville era un poblado de casas de chapa, aquello no era Bidonville.

La casa en que se encontraba era de piedra y estaba bien construida. Tenía lejanas semblanzas del viejo estilo colonial español. Los muebles también tenían la solidez del antiguo mueble castellano. Todo se encontraba en un estado semirruinoso, porque algunas paredes tenían grietas, pero estaba limpio y resultaba mucho más confortable de lo que Doc había esperado encontrar.

Incluso en la gran chimenea chisporroteaba un alegre fuego. Los leños esparcían un tibio aroma. Después de lo que había pasado Doc para llegar hasta allí, pensó que valía la pena. Llevaba años sin ver un sitio con tanto sabor a hogar.

La mujer volvió.

Y entonces Doc la pudo ver más detalladamente.

No, no era ya una belleza.

Pero lo había sido.

En todas las aventuras de Doc —que habían sido muchas, para desgracia suya— le había correspondido tropezar con chicas suculentas que, a lo peor luego se iban con otro. Y por primera vez le correspondía tropezar con una chica que no era suculenta. Esta mujer tendría ya unos cuarenta años, aunque los llevaba muy bien. A primera vista parecía más joven, y sólo se le notaba la edad en las levísimas arrugas que se iban formando en torno a sus ojos. Tenía algunas canas, pero muy pocas. Su cabello era de un delicioso color rubio ceniza.

Vestía muy bien, pero con arreglo a una moda algo anticuada.

Parecía como si el tiempo se hubiera detenido para la mujer diez

años antes cuando ella aún debía ser deseada y codiciada por los hombres.

Tendió a Doc una taza llena de un líquido humeante y que despedía un agradable aroma.

—Beba esto. Le sentará bien.

Doc bebió sin dejar de mirarla.

—¿Cómo se llama usted? —musitó después de unos sorbos.

—Katy.

—¿De verdad esto es Bidonville?

—¿Lo duda?

—Me habían hablado de un lugar sin edificios de piedra como éste. De un lugar muy distinto.

—Los edificios de piedra son sólo ocho o diez —dijo ella—. Son restos de la que iba a ser una gran ciudad, cuando hace diez años ésta parecía ser la tierra más prometedora de Nuevo México.

—¿Una tierra prometedora? No me diga… ¿Y qué es lo que prometía? ¿Huesos de animales calcinados? ¿Legiones de ratas?

—Veo que usted piensa como los demás —dijo ella con una mueca de tristeza—. Piensa que esto está perdido. Pero esta tierra prometía plata, y la sigue prometiendo. Yo me he quedado aquí porque sé que bajo estas rocas se encuentra una fortuna para quien tenga la paciencia de buscarla.

Doc parpadeó de nuevo.

Tuvo la sensación de que estaba ante una visionaria.

—Pero ¿y las construcciones de chapa? —musitó.

—Vea.

Ella le indicó que se levantase y le condujo hasta una de las ventanas. La noche estaba cayendo y todo era de un triste color gris-negro. Además, goteaba la lluvia de una forma insistente y terca. Más allá de los cristales, un par de los cuales estaban rotos, Doc vio una calle entera construida con chozas hechas de chapa. No se veía a nadie allí y la lluvia golpeaba contra el metal oxidado, produciendo una sensación de soledad y de tristeza indescriptibles.

—Esto es Bidonville —musitó ella.

—Ahora lo comprendo.

—Había unas cuantas casas de piedra, como ésta, hasta que vinieron en masa los buscadores de plata y se pusieron a vivir así.

—¿Y… todos se han ido?

—Todos, menos los que reposan en el cementerio.

Señaló más al fondo, donde, a través de la lluvia, se veían unos cuantos cipreses.

—¿Sólo usted queda?

—Sólo yo y el hombre que le atacó. Loup es el único habitante masculino de la ciudad.

—¿Por qué trató de matarme?

—Pensó que usted era un enemigo.

—¿Es que nadie se acerca por aquí?

—Nadie.

El joven se rascó la mandíbula, sintiendo una confusión que crecía por momentos.

—Me dijeron que todo esto tenía un dueño —murmuró cautamente, mientras observaba la reacción de la mujer.

Pero ella no se inmutó. Sonrió con indiferencia mientras decía:

—Sí. Todo esto era de un viejo millonario que envió muchos hombres a buscar plata, con la condición de repartírsela al cincuenta por ciento. Pero cuando todos le dijeron que aquí no había nada y que estos terrenos eran una filfa, él se desanimó también. Creo que acabó perdiendo La Heredad en una casa de juego.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es su dueño ahora?

—No lo sé. Cualquiera puede serlo. De todos modos, dudo que llegue a venir por aquí.

—¿Y si viniera?

—Lo compadezco.

Katy dijo aquello con una expresión extraña, con una expresión concentrada y hermética.

Todo en su rostro parecía haber cambiado.

Diríase que una sombra negra había pasado por él.

—¿Por qué lo compadece? —susurró Doc—. Usted acaba de decir que aquí hay una fortuna para quien tenga la paciencia de buscarla. ¿Y si el dueño de La Heredad viene y la busca?

—Repito que le compadezco.

—¿Por qué?

—No quisiera estar en su piel.

—¡Mil diablos! —preguntó el joven, comenzando a impacientarse—. ¿Pero cuál es la razón de que le compadezca

tanto?

—Tendría que vérselas con el fantasma.

El fantasma… Katy pronunció la palabra con voz densa, con voz que no parecía surgir de su garganta, sino de las profundidades misteriosas de su propio corazón. El fantasma… Doc tuvo un estremecimiento y no supo por qué. Le parecía haber oído algo definitivo, algo que marcaría su vida.

La lluvia había ido arreciando.

Un trueno resonó en la lejanía.

Y hasta la luz un poco irreal de los leños pareció temblar, dejando la habitación sumida en penumbra.

Doc bisbiseó:

—¿Qué fantasma?

—Usted no ha venido en plan de dueño. Por tanto no hay razón para que lo conozca.

—¿Pretende decir que hay una especie de espectro en la ciudad abandonada de Bidonville?

—Interprételo como quiera.

Las facciones antes dulces de Katy se habían endurecido. Ya no parecía la misma.

Doc musitó:

—He corrido mucho por el Oeste. He viajado por los lugares más lejanos y misteriosos de esta tierra, y he visto también muchas ciudades abandonadas. Me he dado cuenta de una cosa; en todas ellas se habla de un fantasma. Parece como si las casas abandonadas o las minas donde ya no entra nadie fueran propicias a las leyendas. Supongo que Bidonville no va a ser una excepción. ¿Pero quiere que le diga una cosa, Katy? No creo una sola palabra. Todos esos seres fantasmales que aparecen entre las ruinas son pura imaginación de la gente que vive en ellas. Cuando uno se pasa demasiados meses solo, acaba teniendo pesadillas.

Katy sonrió.

Su expresión era hermética.

—¿De veras cree eso? —musitó.

—Le he dicho la verdad de lo que pienso.

—Está bien; en tal caso no se quede aquí, porque podría tener sorpresas.

Pero al instante su expresión se dulcificó, mientras sonreía con

la misma afabilidad de antes.

—¿Qué digo? —murmuró—. Nunca había hablado una tontería semejante. Usted está herido y necesita descansar y yo le pido que se vaya en una noche de tormenta. Lo que debe hacer es pasar un par de días aquí, a ver cómo evoluciona la herida. ¿Se siente mal?

—Me siento mucho mejor que antes. La mezcla de hierbas que acaba de darme me ha sentado muy bien.

—Tengo una habitación disponible para usted. Podrá descansar en ella todo el tiempo que haga falta.

Y fue a salir nuevamente de la habitación. Doc la sostuvo por el brazo, pero con mucha suavidad, para no sobresaltarla.

—Katy —musitó—, ¿cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Diez años.

—¡Dios santo!

—¿Por qué dice eso? ¿Por qué se asombra tanto?

—Diez años en esta soledad…

—No estoy tan sola. De vez en cuanto viene alguien. Y además está Loup, que me hace compañía. Por otra parte, nadie se siente desgraciado si vive en el sitio que ama.

Doc la contempló con una mezcla de admiración y asombro.

—¿Usted ama esto?

—Le confieso que sí. Vine llena de esperanzas y aún no las he perdido. Esta tierra ha sido mi vida. Si usted supiera las cosas que he pasado aquí, también amaría esto.

—¿Qué cosas?

—¡Le contaría tantas! Sé la historia de todos los edificios que se han alzado en esta ciudad. Le podría enumerar las personas que han nacido en ellos, y sobre todo las que han muerto. Le hablaría de las terribles nevadas que a veces han aplastado todo esto, hasta el extremo de que la gente tenía que hacer túneles para salir de sus casas. Le hablaría de sequías espantosas, cuando nos moríamos de sed. O de los niños que he ayudado a traer al mundo sin más herramientas que mis manos. También podría hablarle de catástrofes en las minas, cuando sacábamos a los hombres con los miembros partidos y bañados en su propia sangre. Pero todo eso ya ha pasado. Ahora los vivos se han esparcido por la tierra y los

muertos se han quedado solitarios en sus tumbas. Le podría decir uno a uno, de memoria, los nombres que hay esculpidos en todas las lápidas. —Se retiró un mechón de pelo de la frente, haciendo un mohín, y susurró—: Pero no me haga caso. No soy más que una pobre mujer que vive de sus recuerdos. Al estar casi siempre sola, no me doy cuenta de que soy capaz de acabar con la paciencia de cualquiera que me escuche.

—Al contrario, me ha gustado mucho oírla —susurró Doc.

Y era sincero.

A través de las palabras de la mujer se había enterado un poco de la amarga historia de Bidonville, aquella tierra de la que por azar era dueño. La historia de Bidonville, una de tantas historias de las ciudades muertas del Oeste.

Ella abrió la puerta.

Doc murmuró:

—¿Estuvo casada aquí, Katy?

—Sí.

—¿Qué fue de su marido?

—Murió.

—¿Cómo?

—Hubo un estallido en una mina. Sacamos a muchos hombres con los miembros, deshechos, algunos de los cuales pudieron salvarse. Pero a él no lo sacamos nunca.

—Comprendo… Ha debido ser muy penoso para usted. Y no entiendo cómo puede soportar sus recuerdos. No entiendo cómo no se ha ido.

—Mis recuerdos me hacen compañía —susurró ella—. Es lo único que tengo.

Y salió.

Doc quedó solo.

¿Por qué tuvo aquella extraña sensación? ¿Por qué le pareció que mil ojos le escrutaban, viniendo desde más allá de las sombras?

El trueno lejano volvió a repetirse.

La lluvia arreciaba, arrancando extrañas sonoridades a los miserables techos metálicos de Bidonville.

Era como un tambor insistente, una especie de
tam-tam
macabro.

Doc sintió un escalofrío.

¿Por qué?

No podía entenderlo.

Había vivido en los más extraños lugares del Oeste. Había corrido muchos peligros de muerte. Había pasado noches enteras en grutas misteriosas que de verdad parecían cuevas de fantasmas.

Y nunca había sentido lo que sentía ahora.

Una mano helada parecía haberse posado en su espina dorsal.

Y de pronto se estremeció brutalmente.

La voz dijo casi encima suyo:

—¿Qué le pasa, Doc?

El, se volvió. Katy había entrado por otra puerta y estaba junto a él. Había caminado en silencio, como las sombras. Sus ojos brillaban quietamente, como los de una esfinge.

Hubiera resultado incluso siniestra caso de ser una mujer vieja o fea.

Pero lo más sorprendente y enigmático de ella era que resultaba una mujer bonita.

El musitó:

—¿Cómo sabe que me llamo Doc? No recuerdo habérselo dicho.

—Lleva el nombre bordado en uno de los bolsillos de la camisa.

Era verdad. Se trataba de una camisa que le habían quitado al entrar en Yuma y que luego le habían devuelto. Estaba casi enteramente nueva. La mujer se había fijado en aquel detalle, pero en cambio no parecía haber reparado en los bordes de la escritura de propiedad que asomaban por uno de los bolsillos de Doc.

Éste susurró:

—Perdone. Me temo que le estoy causando demasiadas molestias.

—Ninguna molestia. Siempre que llega alguien a Bidonville, procuro darle alojamiento. Y más estando usted herido. ¿Quiere cenar alguna cosa antes de acostarse?

—No, gracias. No tengo apetito. ¿Pero cómo consigue usted alimentos, Katy?

—No estamos tan aislados como usted cree. Hay una ciudad importante a diez millas de aquí. Cada sábado, Loup va a buscar provisiones y regresa el domingo. Además se dedica a cazar el resto de la semana. Por aquí hay liebres, venados y patos salvajes.

Doc rió tratando de animarse.

—La cosa no es tan pesada como creía —dijo.

—Incluso, si se siente muy mal, puede llamarse a un médico. Tarda en llegar unas cuatro horas.

—No hará falta, gracias. ¿Cuál es mi habitación?

—Sígame.

Ella tomó de una de las mesas una bujía encendida.

Salieron a un pasillo.

El viento estuvo a punto de apagarla.

La tempestad rugía y rugía, llenando de sus luces y sus mugidos los campos solitarios.

Doc volvía a sentir aquella mano helada en su espalda, pero no sabía por qué. Y casi se avergonzaba de sí mismo por sentir aquello.

Se encontró de pronto en una habitación enorme, también de paredes de piedra y de viejo estilo español. Había una cama en su centro, y a un lado una banqueta y una mesa con otra bujía encendida.

La habitación no tenía ventanas.

Casi mejor. ¡Con aquella tormenta…!

En resumen, y con lo cansado que estaba Doc, le dio la sensación de un lugar muy confortable.

—Le deseo que descanse —dijo ella.

Y desapareció, cerrando la puerta.

Doc se sentía aturdido por todo aquello. Realmente no sabía qué pensar.

Pero como las sienes le zumbaban y la cabeza le dolía cada vez más, resolvió no pensar en nada y meterse en cama cuanto antes. Al fin y al cabo estaba en un sitio seguro y junto a una mujer que quería ayudarle. ¿Por qué preocuparse?

Cerró los ojos y no tardó en quedarse dormido.

¿Cuánto tiempo estuvo así? Le hubiera sido imposible decirlo. Oía lejanamente la tormenta, que se iba acercando poco a poco, hasta que algunos truenos parecieron estallar dentro de su cabeza.

Pero él no despertaba, hasta que al fin tuvo como una sacudida.

Se incorporó, abriendo los ojos, mientras buscaba inútilmente un revólver que había dejado lejos.

Y entonces la vio.

CAPÍTULO XIII

La vio allí, junto a su cama, quieta, rígida, tensa…

No, no se trataba de Katy. No se trataba tampoco de una mujer como para sentir miedo, ni mucho menos.

Lo primero que Doc pensó fue: «¡Cuerno!».

La verdad, cualquiera hubiese soñado con tener en su dormitorio una mujercita así.

Y a él aquello aún le parecía un sueño.

Era alta, rubia y llena de curvas por todas partes menos por una, que era la cabeza. Los cabellos le caían por encima de los hombros torneados y mórbidos. Vestía una blusa muy descotada y una falda corta, que dejaba ver hasta las rodillas sus piernas torneadas y espléndidas.

Doc seguía estando muy cansado, pero caramba, delante de una cosa así el cansancio se le evaporaba como el humo. De modo que tendió los brazos hacia la chica mientras susurraba:

—Sin cumplidos, sin cumplidos… ¿Por qué no te acercas un poco más, nena?

En lugar de acercarse, desapareció.

Doc se quedó parpadeando y como el que ha visto visiones. En total la deliciosa aparición había durado menos de medio minuto. Y contando lo que Doc tardó en despertarse del todo, casi tenía la sensación de que no la había visto.

La chica acababa de desaparecer por una de las dos puertas que había en la habitación.

Doc saltó de la cama, se puso apresuradamente los pantalones y las botas y fue a salir detrás suyo. No quería intentar nada contra ella, naturalmente. Sólo trataba de preguntarle quién era y de dónde había salido.

Fue a atravesar la puerta.

Y de pronto algo se interpuso en su camino.

Un cuchillo.

El hombre que lo empuñaba no pretendía matarle, porque de lo contrario lo hubiera hecho ya, al atravesar Doc distraídamente la puerta. El joven vio la hoja de acero cuando la luz lívida de un, relámpago lo iluminó todo. La hoja de acero estaba junto a su pecho, frenándole, pero se había detenido allí. Y detrás de ella se encontraba un hombre.

Doc lo reconoció vagamente.

Susurró:

—Loup…

Loup bajó el cuchillo poco a poco.

—¿Qué pretendía, Doc? —preguntó suavemente.

—He visto a una mujer…

—Olvídese de ella.

—¿Quién es?

—Le he dicho que se olvide de ella.

El «argumento» del cuchillo que empuñaba Loup era bastante contundente, de modo que Doc decidió hacerle caso. Claro que por un momento pasó por su cerebro la idea de desarmar a Loup, pero aún estaba demasiado débil para eso, y por otra parte, no le convenía precipitar las cosas sin estar antes seguro de qué se trataba.

Alzó un poco las manos y murmuró:

—Está bien, Loup, usted gana. No puedo pelear contra usted después de saber que pudo matarme y no lo hizo.

—Usted estaba indefenso y antes tampoco me mató a mí.

—En tal caso estamos más o menos empatados, ¿no? No hay razón para que seamos enemigos. ¿Por qué me amenaza con el cuchillo?

Loup terminó de bajarlo.

—Cierto —dijo—. No hay razón.

—Entre —musitó Doc—. Quizá pueda explicarme algunas cosas.

—Lo siento, pero no tengo que explicarle nada.

—Al menos dígame qué hace aquí.

—Protejo a Katy.

—¿Está enamorado de ella?

—¿Por qué había de estarlo?

—No sé… Se me ha ocurrido de repente. Los dos son de edades bastante similares y ella es todavía una mujer muy hermosa.

Loup torció el gesto, como si en el fondo aquellas palabras le hubieran amargado un poco.

—Si estoy aquí, no es por ningún interés —dijo—. Sería un miserable si yo me quedara en esta ciudad solitaria pensando solo en aprovecharme de una mujer indefensa.

—Si llevan muchos años juntos y no ha ocurrido nada, la prueba de su honradez está bien clara —dijo Doc—. Pero al preguntarle si estaba enamorado de ella, yo no me refería a «aprovecharse» de la situación. El amor es un sentimiento limpio que suele desembocar en el matrimonio. Ella es viuda y usted es soltero. No resulta tan difícil pensar que pudieran llegar a unir sus vidas. Claro que debe perdonarme; me estoy metiendo en lo que no me importa.

En realidad lo que Doc quería era que el otro se soltase un poco de la lengua y que de un tema se fuera a otro. Únicamente trataba de saber un poco en qué terreno estaba metido.

Pero Loup dijo solamente:

—Yo era el mejor amigo de su esposo. Juré que cuidaría de ella y lo hago, pero nunca he pensado en sustituir al muerto.

Doc sonrió.

—Le admiro a usted, Loup.

—No necesito la admiración de nadie.

—Por eso mismo tiene más mérito lo que hace. Porque no busca ninguna recompensa y porque su grandeza no tiene testigos. Y ahora, Loup, si no quiere hablarme de nada más, no se preocupe. Ya averiguaré yo más tarde quién es esa chica.

Loup se encogió de hombros.

—Buenas noches, Doc.

—Buenas noches.

Y los dos hombres fueron a separarse.

Pero en aquel momento oyeron el gemido; aquel extraño, alucinante, ronco gemido de muerte.

Los dos se movieron al mismo tiempo. El gemido había sonado muy cerca de allí, en una de las habitaciones que daban al corto pasillo de piedra. Fue Loup el primero en ir hacia la puerta, tal vez porque conocía bien la casa. La abrió.

La luz del relámpago iluminó perfectamente el interior, a través de la ventana cuyos postigos batían ruidosamente. Loup no hizo ningún gesto, quizá porque adivinaba, porque intuía lo que iba a encontrar en el interior. En cambio, Doc no pudo evitar un gruñido de sorpresa, casi de horror. Dentro de la habitación había un hombre que tenía un cuchillo clavado en la nuca. Se debatía en los últimos espasmos de la agonía, bañándose en su propia sangre.

Doc se precipitó hacia él, tratando de ayudarle o de sacarle al menos alguna palabra.

Loup se lo impidió con un gesto que tenía mucho de fatalista.

—Déjelo. Lo han apuntillado, y no hay nada que hacer. No sé siquiera cómo tarda tanto en palmarla. El otro murió en un segundo.

Doc estaba petrificado.

—¿El otro?

—Sí. Hace un mes murió otro hombre en esas circunstancias. Pero no piense en ello. Más vale que no piense en ello, Doc.

El joven se estremeció.

No sabía interpretar bien las palabras de Loup. No sabía si aquello era una advertencia o una amenaza.

—¿Quién cree que…?

—No piense en ello, Doc. Quien lo ha hecho ya ha huido. Ha huido por esta ventana.

—¿No cree que hay demasiadas cosas en las que no tengo que pensar, Loup?

—Así será mejor para todos.

—¡Un cuerno! ¿Y quién es ese hombre? ¿O quién era?

Tenía razón al emplear el tiempo pasado, porque el individuo acababa de morir. Loup torció el gesto. Y entonces dijo algo que le pareció asombroso a Doc:

—Tiene que ser uno de los dueños de esta tierra.

—¿Uno de…, de…?

—De los dueños.

—¡No puede ser!

Loup le miró significativamente.

—¿Por qué no, Doc?

—Pues, por…, por nada.

Doc prefirió no soltar prenda de momento. Y ya que Loup no

hacía el menor caso del cadáver, decidió no hacerlo él tampoco, por mucho que eso le costase.

Cerraron la puerta. Loup hizo girar la llave que había en la cerradura y se la guardó.

—Buenas noches, Doc. Mañana hablaremos.

—Creo que es prudente que lo hagamos, ¿no? ¡Demonios! ¡Hay una montaña de cosas de las que hablar!

—Pues espere a mañana.

Y Loup se alejó. Doc tuvo la sensación de que jamás en su condenada vida había pasado una noche tan extraña como aquélla.

Volvió a su habitación, y a la luz de la bujía, que aún continuaba quemando, repasó la escritura de propiedad, que hasta entonces había leído de un modo superficial. Entonces comprendió por qué Loup había hablado «de uno de los dueños». La Heredad era ahora legalmente suya —con ese mínimo de requisitos que se exigían en el Oeste—, pero en la misma escritura había un apartado que decía que tres hermanos llamados Bronston habían prestado veinticinco mil dólares con la garantía de las tierras. Si esos veinticinco mil pavos no eran devueltos, ellos podían quedarse con La Heredad. Como estaba bien claro que la deuda no había sido pagada, los hermanos Bronston podían considerarse en cierto modo dueños de todo aquello, cumpliendo ciertos requisitos. Por eso se les podía llamar dueños sólo «en cierto modo».

Pero Doc pensó que aquello complicaba terriblemente la situación.

El era un ex presidiario.

Suponiendo —y era bastante razonable suponerlo— que los dos muertos fueran dos de los hermanos Bronston, le acusarían sin duda de haberlos eliminado para dejar La Heredad limpia de deudas y tenerla en sus manos íntegramente.

Por lo tanto le convenía aclarar aquella situación.

Hablaría con el *sheriff* a la mañana siguiente.

Sí. Haría el viaje hasta la ciudad más próxima para hablar con el *sheriff* o con el alguacil. No quería que le envolviesen en aquello. Las cosas claras.

Se metió de nuevo en la cama e intentó dormir, a pesar de saber que tenía un hombre asesinado a poca distancia.

No pudo cerrar los ojos.

Pero no fue por el muerto.

No. ¡Qué cuerno!

Fue por la chica.

Doc estaba en esa edad en que un hombre se preocupa mucho más por las piernas de una muchacha que por la cara de un fiambre.

Barbotó para sí mismo:

«¿Quién diablos será?».

Y con esa duda se fue quedando dormido.

CAPÍTULO XIV

A la mañana siguiente se despertó algo tarde. La verdad era que había dormido mejor de lo que esperaba, y se sentía razonablemente bien. Había cesado de llover —aunque no había ventanas lo notaba por el silencio— y hacía un poco de frío.

Los últimos restos de la bujía seguían quemando.

Doc vio que tenía todo lo necesario para su aseo, desde agua hasta jabón y brocha de afeitar. Por lo visto, cuando Katy alojaba a alguien allí procuraba que viviese en un ambiente civilizado.

El joven se quitó el parche que tenía en la cabeza y notó que la herida ya no tenía importancia. Un cosquilleo en el estómago le indicó que su apetito era excelente. En fin, volvía a tener ganas de vivir.

Pero de pronto, al recordar algo, se le quitó el apetito.

Fue al recordar el cadáver.

Doc, después de asearse, salió al pasillo donde la noche anterior se encontrara con Loup, y la luz de las ventanas casi le cegó. Hacía un día magnífico. Pero los ojos de Doc fueron hacia la puerta cerrada con llave, y entonces sus párpados sufrieron una sacudida.

La puerta estaba abierta.

Y no había ningún cadáver en el interior.

El suelo estaba mojado, quizá a causa de la lluvia que había entrado durante la noche por la ventana entreabierta. Pero ni rastro de sangre. Nada. Como si allí no hubiese habido un muerto jamás.

Doc estaba asombrado.

Pero tantas cosas habían ocurrido ya, que no quiso seguir pensando. Detrás de la puerta en que terminaba el pasillo, se escuchaba un rumor de conversaciones. Una de las voces era la de Katy, y la otra le pareció la de Loup. Doc se acercó a la puerta y la

abrió.

La escena no podía ser más familiar y pacífica. En una mesa bien puesta humeaban las tazas de café, junto a una bandeja donde había tortas de maíz recién hechas. Todo aquello despedía un aroma apetitoso y que borraba en un instante cualquier clase de malos recuerdos. Katy y Loup, estaban desayunando.

Katy sonrió.

—Perdone que no le hayamos esperado, Doc, pero pensábamos que se despertaría más tarde. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor de lo que pensaba.

—Veo que se ha quitado el parché de la Cabeza.

—Sí; ya no me hacía falta.

—¿Quiere desayunar con nosotros? Tiene café caliente y tortas recién hechas.

—Con mucho gusto.

Doc se sentó.

Se sirvió café, y en aquel instante alguien murmuró a su espalda.

—¿Cuál es su costumbre? ¿Quiere dos terrones o tres?

El miró hacia atrás.

Y de pronto la taza de café casi resbaló de entre sus dedos. Porque la que le miraba desde atrás —tranquila, apacible, sonriente — ¡era la chica de la noche anterior! ¡La muchacha que entró en su dormitorio y luego desapareció misteriosamente!

Ella repitió con una sonrisa:

—Diga, ¿prefiere tres terrones de azúcar o sólo dos?

—Pues… Pues y…

Katy dijo amistosamente:

—Perdón. Ahora me doy cuenta de que ustedes no se conocen, Doc, ésta es mi hija Silvia.

Doc iba de pasmo en pasmo, pero lo disimuló.

De todos modos, la cosa era lógica. Si la muchacha vivía allí, lo razonable era que fuese la hija de aquella viuda todavía joven y hermosa.

Y entonces a Doc ya no le pareció tan clara la actitud de Loup.

Pensó: «¡Diablo!».

¿Y si a aquel tipo le gustaba la hija y no la madre? ¿Y si aguantaba allí sólo por eso?

—El café siempre lo tomo amargo —dijo de pronto—. Gracias.

La chica sonrió.

—Celebro conocerle, Doc.

Ni una mención a lo de la noche anterior. Ni un gesto, ni una mirada de sus ojos. Nada.

La muchacha —que iba casi vestida como la noche anterior— se sentó también y desayunó tranquilamente. Doc prefirió no ser allí la nota discordante y siguió la charla de los otros, que se refería a la lluvia de la noche anterior. Cuando hubieron terminado el desayuno, Doc murmuró:

—¿Cuál es la ciudad más próxima?

—Se llama Punieral. Descendiendo de estos peñascos siempre hacia el Oeste, se llega a ella con cierta facilidad.

La respuesta había partido de Silvia.

—Me gustaría ir allí —susurró Doc—. Quiero comprar unas cosas.

Y miró a Loup.

Estaba seguro de que éste había adivinado su intención, que era denunciar el crimen al alguacil de la ciudad.

Pero Loup no hizo ningún gesto. Se limitó a seguir mirando al vacío, a un punto imprecisable de la estancia.

—No tiene caballo —fue todo lo que dijo.

—Usted debe tener uno, Loup. ¿No podría prestármelo?

—Lo necesito para esta mañana. He de ir a cazar, porque nuestras provisiones se están terminando.

Doc torció levemente el gesto, aunque se guardó de protestar.

Y en aquel momento una voz alegre dijo a su espalda:

—No se preocupe, amigo. Yo le puedo dejar mi caballo. Está un poco cansado, pero si usted no lo fuerza puede hacer el viaje bien.

Doc se volvió.

El que hablaba era un hombre joven, de agradable aspecto. Vestía como un verdadero *gentleman,* y casi producía asombro verlo en un lugar tan salvaje como era La Heredad. Se dirigió en línea recta a Silvia, y después de saludar a todos con un movimiento de cabeza, estampó a la muchacha un beso en la boca.

Doc seguía estando asombrado.

De modo que…

Fue Katy la que lo explicó con una sonrisa.

—El hombre al que usted acaba de conocer es Anthony Boston,

perteneciente a una de las mejores familias de la comarca. Hace un año que conoce a mi hija Silvia, y hace un par de meses que están prometidos. Van a casarse pronto.

El joven sólo fue capaz de decir:

—Ah…

—Parece como si estuviera usted asombrado, Doc.

—Un poco. Anoche me pareció que éste era un lugar mucho más salvaje y mucho menos frecuentado.

—La primera vez las cosas engañan —dijo Silvia—. Mamá me ha explicado que usted tuvo un tropiezo con Loup, y eso debió hacerle pensar que estaba algo así como en zona de guerra. Pero no piense que esto es tan salvaje. Al menos para nosotros no lo es, porque nos hemos acostumbrado. Con bastante frecuencia yo voy a la ciudad. Es mamá la que nunca quiere moverse de aquí. Y George sube casi todos los días.

—Entonces su existencia es bastante soportable —dijo Doc.

—Confieso que me gustaría más vivir en la ciudad —explicó Silvia, riendo—, pero ya lo haré cuando me case. Mientras tanto aquí no estoy tan mal como parece. Y algún día, cuando a mamá se le quite de la cabeza la manía de que aquí hay plata y acceda a dejar estas tierras, viviremos juntos los tres.

Katy torció levemente el gesto.

—En estas tierras hay plata, Silvia. Tu padre siempre lo decía.

—Pero mi padre murió enterrado en una mina.

—Razón de más para que respete su recuerdo y trate de demostrar que tenía razón.

Silvia torció levemente el gesto, como si aquella conversación ya la aburriera un poco porque la hubiesen sostenido centenares de veces.

—De acuerdo, mamá, de acuerdo. Pero quizá algún día comprendas que papá, además de ser un hombre estupendo, era también un visionario. El no tenía la culpa de eso. Docenas de hombres creían que aquí había plata hasta que se desengañaron. Papá también hubiera acabado por desengañarse, estoy segura, pero la muerte no le dio tiempo. Y algún día te desengañarás tú también.

Parecía haberse producido un momento de tensión entre las dos. Boston, que ya debía conocer el paño, cortó aquello con un gesto y una sonrisa.

—No hay que preocuparse por eso. El tiempo lo arregla todo, Silvia. ¿Qué, amigo? —Y se volvió hacia Doc—, ¿acepta mi caballo si quiere ir a la ciudad?

—Por supuesto. Muy agradecido.

Y Doc se puso en pie.

Loup le imitó.

—Le acompañaré —dijo—. El caballo no le conoce y no se dejaría montar por usted. En cambio, a mí me conoce bien y me hará caso.

Cuando salían del edificio, Doc susurró:

—Perdone, amigo.

—¿Perdonarle por qué?

—He tenido un mal pensamiento al ver a la chica. He pensado que a usted le gustaba y que acechaba su oportunidad. Pero al ver que tiene novio, me doy cuenta de que no estaba en lo cierto.

—Claro que no. Ya le dije que yo no estaba aquí pensando en mis intereses, sino sólo en la promesa que le hice a un muerto.

—Por eso le he pedido perdón, Loup. Y ahora veamos el caballo.

El animal era magnífico.

Aunque había hecho un buen viajecito para llegar hasta allí, parecía ansioso de correr de nuevo. En efecto, si no se le forzaba no habría problemas para ir a la ciudad.

Loup le acarició el cuello, le dio un terrón de azúcar, y mientras tanto el animal se dejó montar sin resistencia.

Poco después Doc trotaba hacia la ciudad.

Su cabeza era una tempestad de pensamientos, pero uno de ellos le atormentaba especialmente.

El muerto, ¿dónde estaba? ¿Y quién diablos era?

Un letrero medio roto, sujeto a un poste, indicaba el nombre de la ciudad. Más allá, otro cartel de menor tamaño señalaba con una flecha: «Oficina del alguacil. Abierta de 12 a 2 de la mañana».

Por lo visto el alguacil allí no se mataba a trabajar.

O el tío era un caradura, o el cargo era una bicoca.

Pero eran justamente las doce, de modo que Doc se dirigió hacia el lugar que indicaba la flecha.

El alguacil le recibió con cara de mala uva.

—¿Qué quiere usted? ¿De dónde viene?

Doc no le podía decir que venía de Yuma, de modo que puso

cara de circunstancias y murmuró:

—He pasado una noche en La Heredad, justo en el lugar que llaman Bidonville.

—Lo conozco muy bien. Siga.

—Me llamo Doc y vengo de… Vengo de por ahí. El caso es que,' por una serie de circunstancias que no hacen al caso, soy ahora el dueño de esas tierras.

El alguacil le miró con sorpresa.

—¡No me diga…!

—Aquí está el documento con un certificado del Banco en que me lo entregaron. Véalo todo.

El otro lo leyó atentamente, y al final se lo devolvió a Doc con expresión pensativa.

—De modo que usted es el nuevo dueño de La Heredad…

—Sí.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Verá; quiero dos cosas. La primera de ellas es que me guarde el documento, entregándome un recibo. Creo que estará más seguro aquí que si lo llevo yo encima.

—Desde luego. Me parece un pensamiento muy razonable.

Y el alguacil se puso a extender un recibo en papel sellado de la oficina, creyendo que todo terminaba allí. Pero cuando lo estaba firmando, Doc murmuró:

—¿Qué sabe de los hermanos Bronston?

—Los hermanos Bronston tienen derechos sobre esas tierras, como todo el mundo sabe por aquí. Si no recuerdo mal, también consta eso en un apartado de la escritura.

—Cierto. ¿Pero qué sabe de los hermanos Bronston?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Pretende no pagarles la deuda?

—No es eso. Es que me temo que haya sucedido algo horrible.

El alguacil alzó la cabeza bruscamente, mirándole con fijeza. Con los ojos entornados murmuró:

—Hable.

Doc pensó que quizá estaba cometiendo una imprudencia, porque podían acusarle a él de lo sucedido. Pero al mismo tiempo pensó que tampoco podía callar. De modo que contó al alguacil todo lo sucedido desde el momento en que oyó aquel grito agónico en el pasillo de la casa.

El alguacil le escuchaba con la mayor atención.

De vez en cuando cabeceaba.

¿Fue eso lo que hizo a Doc pensar lo que pensó? ¿Por qué tuvo aquella sensación tan extraña?

¿Por qué le pareció que aquello no era nuevo para el alguacil, sino que éste ya sabía de lo que le hablaba?

Cuando terminó su relato, Doc esperó unos segundos, expectante.

Tenía la impresión de que quizá acabarían acusándole a él. La actitud del alguacil no le parecía nada clara.

Pero lo que dijo el representante de la ley le pareció tan asombroso que por unos momentos no pudo creerlo.

El alguacil murmuró:

—No es la primera vez que eso ocurre.

—¿Queeeeé?

—Seguro que el cuerpo que usted vio era el de uno de los hermanos Bronston.

—Sí, pero…

—El otro ya murió. Sólo queda uno vivo.

—No me diga que éste es el segundo asesinato…

—Lo es.

—¿Cómo sabe que el otro ya murió?

—Encontramos hace un mes su cadáver en una hondonada. Era uno de los Bronston, no cabía duda, y le habían matado también de una puñalada en la nuca. Estoy seguro de que el cadáver que usted vio anoche también aparecerá. Lo habrán despeñado y lo encontraremos antes de cuarenta y ocho horas, guiándonos por el vuelo de los buitres.

Doc estaba asombrado.

—¿Cómo puede hablar de eso con tanta calma? —musitó.

—Precisamente porque el asunto no es nuevo para mí.

—Cualquiera diría que conoce al culpable…

—Lo conozco.

—Pero…

—Voy a darle un consejo, amigo. No pase una sola noche más en Bidonville.

—¿Por qué?

—Usted podría ser la próxima víctima.

—¿Es que sabe quién es el autor de… de…?

—Sí.

—¿Quién?

El alguacil dijo con un soplo de voz:

—Me duele contarle esto, pero la verdad resulta inútil ocultarla. Se trata de Katy.

La espalda de Doc sufrió una sacudida.

Su sorpresa fue tan grande que sus ojos hasta se nublaron. Tuvo que apoyar la espalda en el respaldo de la silla para sentirse seguro, porque la habitación entera parecía dar vueltas en torno suyo.

—¿Qué dice, alguacil?

—Una triste verdad.

—¿Cómo sabe que es ella?

—Esa pobre mujer es una loca. Imagino que usted se habrá dado cuenta de eso.

—Creo que… Bueno, desde luego es una mujer extraña.

—Piensa firmemente que en esas tierras hay plata. Desde que murió su marido no es más que una visionaria que todavía cree estar viviendo sobre un paraíso de riquezas. Todo el mundo se ha largado de allí, pero ella sigue aferrada a sus convicciones y sus recuerdos. Usted no puede ni imaginar lo que esa mujer ha sufrido. Los inviernos en aquellas alturas son muy rigurosos, y además varias veces ha estado enferma de gravedad. Pues bien, nunca ha querido ser trasladada. De no ser por Loup, ese pobre hombre que se pasa la vida junto a ella, ya habría muerto cien veces.

—De acuerdo con que sea una visionaria —dijo Doc con voz débil—, pero eso no significa que sea una asesina.

—Déjeme terminar. Cierta vez la hice visitar por un médico especialista, y el médico afirmó que estaba completamente loca. Es más, aseguró que se trataba de una loca peligrosa, porque mataría a cualquiera que creyese iba a privarle de aquellas tierras que consideraba suyas.

—Esa misma sensación he tenido yo, desde luego —dijo Doc—. La sensación de que en cualquier momento podía morir, si averiguaban que soy el nuevo dueño de La Heredad.

—Ha hecho bien en dejarme el documento, porque si Katy llega a sospecharlo le hubiera liquidado como liquidó ya a dos de los Bronston. Pero a lo que iba cuando el primero de los Bronston

murió, yo hice una investigación muy discreta. Y encontré en la habitación de Katy no sólo un guante manchado de sangre, sino además un extraño dibujo que acababa de ser trazado en la pared. Ese dibujo —más bien un garabato— representaba la figura de un hombre al que le faltaba la cabeza.

—¿Un muerto?

—Eso es.

—¿Imagina que Katy contabiliza sus muertos como un cazador contabiliza las piezas?

—Una persona normal no haría eso, pero una loca sí. Y estoy seguro de que ahora en su habitación hay otro garabato representando a otro hombre sin cabeza.

Doc estaba más asombrado cada vez, tan asombrado que ya no sabía qué pensar.

—De todos modos —dijo, intentando convencerse de la inocencia de Katy—, ésas no son pruebas suficientes.

—Hay algo más. También encontré en su habitación un reloj de oro con las iniciales de Bronston. Por lo visto se le rompió la cadena al caer, y ella lo recogió en el último momento pensando ocultarlo. Pero no lo hizo demasiado bien, desde el momento en que yo supe encontrar su escondite.

Doc se pasó el dorso de la mano por la boca, que se le había quedado tan seca como la arena del desierto.

—Ésas son pruebas abrumadoras… —farfulló.

—Lo son.

—¿Por qué no la detiene entonces?

El alguacil abrió los brazos con un gesto que era a la vez de resignación y de impotencia.

—Podría haberla detenido y someterla a un proceso, pero lo considero injusto. Esa pobre mujer no es una criminal, sino una loca. Su pecado está en amar demasiado una tierra donde su marido se dejó la vida, y en querer defenderla contra todos. Si yo dijera lo que sé y la detuviera para hacerla juzgar, la condenarían sin duda a muerte, lo que sería monstruoso. Katy necesita ver al médico, no al verdugo. Por otra parte, no crea que los Bronston son trigo limpio, de modo que su muerte tampoco la llorará mucha gente. Yo pensaba hacer venir a un psiquiatra, que me prometió llegar de un momento a otro, y convencer a Katy para que se trasladara a una

clínica mental. Pero ahora las cosas ya han llegado demasiado lejos. Ahora son dos muertos, no uno.

Doc se mordió el labio inferior.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. Pero sin duda mi obligación está clara. He de detener a esa mujer y hacer que apechugue con las consecuencias.

—¿No hay otro remedio?

—A usted también le da pena Katy, ¿verdad?

—Pues… realmente sí.

—¿Cree que hay otra solución para este asunto, después del segundo asesinato?

Doc sintió que su mirada se perdía por la habitación. No, no había salida. Dos muertes ya resultaban demasiadas para la paciencia de un pobre alguacil de pueblo.

Éste murmuró:

—Vuelva a Bidonville para no llamar la atención, pero no se quede por la noche ni se le ocurra decir que es el dueño de nada. Yo iré por allí antes de que salga la luna. Hablaré con Katy y trataré de llevármela. ¿Cuento con su ayuda?

—Sí, en el caso de que no le hagan daño.

—¿Y quién lo sabe? De todos modos yo trataré de salvarla. Usted espéreme sobre las ocho cerca de la entrada principal de la casa. A esa hora ya ha anochecido.

—Lo haré, alguacil.

—Gracias por su denuncia, aunque de todos modos me hubiera enterado de esa muerte. No tardaremos en descubrir el cadáver.

—Y a usted gracias también, alguacil. Creo que es un hombre honrado.

—Hum… No crea. Si se pierde un dólar por ahí, yo soy el primero en metérmelo en el bolsillo. Pero Katy me da lástima. Su locura bien merece que se la compadezca.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

Doc guardó cuidadosamente el recibo que equivalía a su título de propiedad y salió.

El caballo ya había descansado y le llevó sin dificultades de regreso a Bidonville.

Pero ignoraba que los problemas, los problemas de verdad, empezaban justamente ahora.

CAPÍTULO XV

Cuando llegó a La Heredad, lo vio todo como la primera vez. El cielo estaba encapotado y volvía a presagiar lluvia. En torno a las casas de chapa y los viejos edificios de piedra, no se veía un alma.

Doc descendió del caballo y le palmeó el cuello, mientras buscaba con los ojos una cuadra a la cual llevarle. Pero el animal estaba algo extraño; parecía irritado y nervioso.

El joven lo atribuyó a que el corcel no le conocía bien, pese a haber hecho juntos un largo viaje de ida y vuelta. Pero la razón era otra. Demasiado tarde lo comprendió Doc.

La voz dijo desde la esquina de una de las casas:

—Quédese quieto, amigo. Así, tal como está. Lo único que ha de hacer es alzar las manos un poco.

Doc rechinó los dientes, pero obedeció. No sólo le estaban apuntando desde detrás, sino también desde delante. Un tipo al que no conocía había aparecido a su izquierda, en el ángulo de uno de los edificios de piedra. Llevaba un rifle, con el cual le estaba encañonando al centro de la cabeza.

Fue ése el que ordenó:

—Desabrocha el cinco-canana. Pero poco a poco y con dos dedos. Que yo lo vea.

Doc bajó las manos, desabrochó el cinto y lo dejó caer.

Oyó un tintinear de espuelas a su espalda.

Le dieron un empujón despreciativo y le hicieron caer. Luego el tipo que estaba a su espalda le golpeó también en las costillas con gesto de superioridad.

Pero si creyó que la cosa iba a quedar así, estaba listo.

De pronto le pareció que su mandíbula estallaba.

No supo por dónde le había entrado Doc. No lo sabría hasta

bastante más tarde, porque el primer impacto fue tan fulminante que bastó para dejarle K. O.

El otro llegó corriendo.

Doc aún no había podido volverse bien.

Recibió un culatazo en el pecho que le dejó sin respiración.

Pero no se estuvo quieto. Su brazo derecho entró por debajo del rifle de su enemigo. Se oyó un alucinante «chaaaaask» y el otro tipo dio una voltereta en el aire. Su rifle voló.

Eso fue lo que perjudicó a Doc, porque de lo contrario se hubiera apoderado del arma. Al notar que eso no era posible, se inclinó para recuperar su revólver.

Tampoco pudo.

Oyó el tintineo de otras espuelas a su espalda, y cuando fue a volverse ya había recibido el culatazo detrás de la oreja. Cayó pesadamente. Su enemigo se aseguró golpeándole por segunda vez, ahora en la nuca.

El joven cayó pesadamente.

Notó de una forma confusa que los otros dos se levantaban, después del doble K. O. No se sentían demasiado firmes, pero al menos les sobraron fuerzas para patearle cobardemente. Doc quedó sin respiración de nuevo. Comprendió que durante largos minutos no podría ni siquiera moverse. Un áspero sabor a sangre le llenaba la boca.

Notó que le arrastraban.

Le estaban llevando a la casa de Katy, es decir, el edificio en que había pasado la noche. Una vez en el interior, le arrojaron como un fardo al suelo. El joven, sin fuerzas para levantarse, paseó su mirada por el recinto.

Ya se había dado cuenta confusamente de que aquello tenía que ser una banda. Una banda entera que había llegado a Bidonville, no sabía bien por qué.

Pero la sucia realidad superó todo lo que temía.

Katy, su hija Silvia y otra muchacha a la que no conocía, estaban atadas al respaldo de sendas sillas. En cuanto a Boston y Loup, también habían sido atados, pero yacían en el suelo.

Los pistoleros que se encontraban allí eran cinco, aparte de los tres que habían entrado con Doc.

Éste notó que también le ataban las manos a la espalda, dejándole tirado en el suelo como un fardo.

Unas espuelas volvieron a sonar.

Éstas eran de lujo.

Espuelas de oro y plata.

El tipo que las llevaba vestía a tono con aquel adorno. Parecía un caballero por sus ropas, pero su cara era la de un auténtico rufián. Pasó la bota por la cara de Doc, haciéndola girar, para mirarle a gusto.

Barbotó:

—¿Quién eres?

—¿Y tú?

Doc recibió un puntapié en el cuello.

—¡Te estoy preguntando quién eres!

—Me llamo Doc.

—¿Y qué haces aquí?

—Me dieron hospitalidad por una noche. También me han prestado un caballo y he venido a devolverlo.

El pistolero ordenó:

—Arrastradlo con los otros.

Doc fue colocado casi a los pies de Loup. Mientras lo arrastraban pensó en la posibilidad de contratacar, pero no había modo de hacerlo con las manos atadas.

—¿Quiénes sois? —masculló—. ¿Quiénes sois, malditos hijos de perra?

La única respuesta que recibió fue un puntapié en la columna vertebral que le hizo sentir el frío de la muerte.

Loup murmuró:

—Más vale que no preguntes porque la única respuesta que tendrás será encontrarte con algún hueso roto. Esos buitres han llegado aquí porque les interesa La Heredad.

—¿Quiénes son?

—La banda de Ballister.

El joven tuvo un estremecimiento.

¡La banda de Ballister!

Diablos, aquél era un mal asunto para él.

Ya había tenido encuentros con aquella banda. Si se enteraban bien de quién era él, lo eliminarían sin piedad. Claro que de una

forma u otra, y a juzgar por las perspectivas, iban a eliminarlos a todos.

Los de la banda parecían no tener prisa.

Debían haber llegado muy cansados allí, y por el momento reponían energías. Estaban todos comiendo y bebiendo en la habitación contigua, aunque de vez en cuando echaban miradas vigilantes a sus prisioneros. Éstos, atados sólidamente, no tenían la menor oportunidad de escapar.

Doc musitó:

—¿Cómo os han sorprendido?

—Estábamos descuidados. Por una vez yo no vigilaba. No esperábamos que viniese nadie.

—¿Y esa muchacha? ¿Quién es?

—No lo sé. La traían atada con ellos. Imagino que la han secuestrado lejos de aquí.

—¿Con qué objeto?

—Puedes imaginarlo, ¿no?

Doc hizo un gesto de asentimiento que estaba lleno de amargura.

Sí, claro que lo imaginaba. Y sus ojos pasearon por el rostro de la muchacha, que era muy joven. Quizá tendría unos dieciocho años. Aunque intentaba mantenerse serena, se notaba que estaba aterrorizada. Sus labios temblaban a intervalos. Y clavó una mirada patética en Doc, como si pensara que éste iba a salvarla. Pero lo único que pudo hacer Doc fue apretar sus ligaduras con rabia.

—Si lo hubiera imaginado… —barbotó—. Si llego a sospecharlo siquiera…

—¿Y cómo ibas a sospecharlo? Más sorprendidos hemos sido nosotros.

—¿Crees que con Silvia también…, también…?

Loup le adivinó el pensamiento.

Rechinó los dientes con rabiosa impotencia.

—Sí —dijo—. Silvia es demasiado bonita. Me temo que antes de que esos canallas se larguen ocurrirá algo espantoso. Y también puede ocurrir Con Katy. Katy es muy hermosa aún.

—Antes tendrán que matarnos —balbució Doc.

—Y eso, ¿de qué servirá?

Era verdad. Muertos no serían de ninguna utilidad. Tenían que

pensar algo antes de que la tragedia empezase.

—Loup… —musitó—. El alguacil va a venir esta noche.

—¿El solo?

—Sí. Desgraciadamente sí.

—No va a servir de nada. Le sorprenderán como te han sorprendido a ti. Hemos de hacer algo antes de que las cosas empiecen a ponerse feas de verdad.

Y las cosas no tardarían en ponerse feas. De eso podían estar seguros. Si no les habían matado aún, era porque los ocho pistoleros estaban cansados y se preocupaban ante todo de reponer energías y llenar sus estómagos. Pero en cuanto hubieran terminado con eso, empezaría la tragedia.

Doc musitó:

—No están aquí por casualidad. No, ni mucho menos. A Ballister le interesan estas tierras.

—Algo había oído decir —musitó Loup.

—¿Vivían aquí otras personas antes?

—Sí… Unos cuantos buscadores de plata. Parece que encontraron unas muestras de mineral interesantes y las llevaron a analizar a Albuquerque, porque no estaban seguros. De eso hace muy poco tiempo. Eran los últimos buscadores de plata que quedaban por aquí.

—¿Llevaban un mismo tatuaje? ¿Un tatuaje que decía: Bidonville?

—Sí. La gente fue aquí muy aficionada a los tatuajes durante un tiempo. ¿Conociste a esos hombres?

—Por desgracia sí, Pero ya no viven.

Y Doc cerró un momento los ojos, mientras los pensamientos se amontonaban en su cerebro.

Ahora se daba cuenta de muchas cosas. El análisis de aquellos minerales llevados a Albuquerque debía haber sido positivo, y Ballister se enteró de eso. Los hombres que llevaban aquellas muestras de mineral fueron prontamente liquidados. Y al mismo tiempo Ballister se enteró de que un forastero que tenía un título de propiedad sobre Bidonville y sus tierras, estaba en Albuquerque. Ese forastero tenía que ser eliminado. Y de aquí arrancaba todo…

Por el momento los pistoleros de Ballister no debían haberle reconocido. Pero era inevitable que lo hiciesen. Eso indicaba que

Doc estaba más condenado que una pobre res en el matadero.

¿Y no lo estaban los otros también?

Doc se mordió el labio inferior hasta que brotó la sangre. Tenía que salvar no sólo su piel, sino la de las tres desdichadas mujeres que estaban prisioneras allí. Ellas iban a ser las principales víctimas. Morirían igualmente, pero antes sufrirían en su carne algo mucho peor que la muerte.

Y si Doc intentaba algo, tendría que hacerlo pronto. Le quedaban muy pocos minutos. Los pistoleros ya acababan con las provisiones y pronto se ocuparían de ellos.

El joven tuvo entonces una idea salvadora.

Una idea desesperada, pero en su situación no podía elegir.

Las espuelas de Loup…

No se las habían quitado. Los pistoleros, obsesionados con la idea de comer y beber, no habían dado de momento importancia a aquel detalle.

Doc le hizo una seña.

El otro comprendió.

Doc cambió un poco de postura lentamente, dando la sensación de que no se movía, y pasó sus manos atadas por detrás de la bota de Loup. Éste clavó materialmente la rueda de la espuela en las ligaduras. Aunque no podía apenas mover el pie, y aunque con la punta de la bota causaba grandes dolores en los riñones de Doc, fue trabajando rápida y eficazmente. La sangre brotaba de las muñecas de Doc, que también iban siendo castigadas. Pero eso no importaba al joven. Lo único que le importaba era el paso de los minutos, que transcurrían implacablemente, con una rapidez que le iba deshaciendo los nervios.

Los pistoleros ya empezaban a reír y a dirigir miradas insistentes a las mujeres.

Estaban de un excelente humor después de consumir toda la bebida que había en la casa. La tragedia —sobre todo la tragedia para las mujeres—, iba a empezar de un momento a otro.

Loup susurró:

—Son ocho… No podrás hacer nada contra ellos aunque te libre de las cuerdas, muchacho.

—De todos modos, he de intentarlo. Es nuestra última esperanza. Tú estate atento y trata de emplear los pies.

—Ujú.

Las cuerdas ya cedían.

Doc hacía terribles esfuerzos para que los prisioneros, situados apenas a unas yardas, no notaran nada.

Se oyó un leve roce.

Las cuerdas cedieron.

Loup retiró la bota.

En aquel momento uno de los pistoleros se aproximaba ya.

—Ballister —murmuró—, ¿qué chica te gusta?

—Me gusta Judith, la que traíamos.

—La otra no es manca…

—No, claro que no. También es preciosa. Pero te la cedo. Yo me he encaprichado con Judith.

—Supongo que a ella nos la dejarás también…

—Claro. Luego.

—¿Y la mayorcita? La mayorcita también es deliciosa…

Ballister terminó de trasegar el *whisky* que tenía en el vaso.

—No te preocupes. Tenemos mucho tiempo por delante. Toda la noche, todo mañana, toda la noche siguiente… ¿Quién se va a acercar por aquí? Somos los amos…

El pistolero que había avanzado puso la mano en el cuerpo de Judith.

La acarició groseramente, mientras la muchacha contenía un grito y hacía una mueca de asco.

Doc pensó:

«¡Ahora!».

Su salto fue el de un auténtico tigre.

El pistolero no se dio cuenta de nada. En cierto modo su muerte fue dulce. Todo su cerebro pareció estallar, cuando la mano derecha de Doc se abatió de canto sobre su nuca. Fue un impacto de los que desnucan a un buey. El pistolero cayó fulminado.

Los otros siete aún estaban en la habitación contigua.

Se volvieron como un solo hombre al ver lo que había sucedido. A Ballister le resbaló el vaso de entre los dedos. Los otros lanzaron al unísono una salvaje maldición mientras llevaban las manos a los «Colt».

Doc sabía eso, y sabía también que sólo podía contar con un parapeto. El cuerpo de su enemigo muerto.

Antes de que cayera, lo había abrazado ya. Sus movimientos eran de una rapidez alucinante. Avanzó con el muerto hacia la puerta donde estaban los otros siete granujas, mientras disparaba rabiosamente empleando el «Colt» de su víctima.

No pudo alcanzar a ninguno porque demasiado hacía con cubrirse. Durante algunos segundos se cruzó de un lado a otro de la habitación una verdadera tempestad de plomo. Las balas, silbaban como abejorros rabiosos y desconchaban las paredes.

Doc cerró de un puntapié la puerta de la habitación, que ninguno de sus enemigos se había atrevido a cruzar.

Soltó el cadáver.

Éste tenía tres impactos de bala, tres impactos que hubieran alcanzado mortalmente a Doc caso de no estar protegido. Era natural que los siete enemigos que tenía enfrente hubieran podido disparar más a placer que él, aunque ninguno de ellos había conseguido ni siquiera rozar a Doc, clavando simplemente las balas en el muerto.

Doc miró a Loup.

—¡Vuélvete!

Loup había girado los brazos todo lo posible, mostrando sus ligaduras y el nudo fundamental de éstas.

Doc disparó.

El nudo saltó por los aires como una mosca que hubiera quedado deshecha en pleno vuelo.

Un leve tirón y Loup quedó libre.

—¡Suelta a Boston y luego a las mujeres! ¡Pronto!

Loup se movió con endiablada rapidez. Un momento después Anthony Boston también estaba libre. Fue él quien se dedicó a soltar las ligaduras de las tres mujeres.

Doc miraba hacia las ventanas.

Sabía que los pistoleros no podían tardar en reaccionar. Era cuestión de segundos.

—¿Hay armas?

Katy señaló con la mirada un armario donde había tres rifles.

—Pero sólo uno de ellos está cargado —musitó—. El del centro.

Doc lo tomó, mientras señalaba los otros dos a Loup y a Boston. Con la mirada señaló también el cinto-canana que el muerto llevaba en bandolera, y donde había balas de rifle. Posiblemente eran del

mismo calibre que las armas que había en el armario.

El joven se había dado toda la prisa posible, pero aún estuvo a punto de ser demasiado lento. Una cara, dos manos y dos revólveres asomaron por una de las ventanas. El pistolero que había hecho irrupción allí se dispuso a disparar.

Doc ya había alzado el rifle.

Aquella cara pareció quedar deshecha en el aire.

—Ya sólo quedan seis —musitó Doc—. Se lo pensarán mucho antes de atacarnos de nuevo.

Loup farfulló:

—Están sorprendidos. Ahora los que debemos atacar somos nosotros. No lo esperarán.

—Tienes razón. Vamos.

Los dos hombres atravesaron la puerta, mientras disparaban rabiosamente con los rifles a la altura de las caderas.

Uno de los pistoleros corría para situarse.

No llegó a ninguna parte.

De pronto dio una voltereta en el aire y quedó empotrado en el suelo. Los otros cinco se dispersaron. En las sombras de la noche fue imposible alcanzar a nadie más. Por su parte Doc y Loup también estaban protegidos, ya que era imposible que pudieran verlos.

Loup musitó:

—¿Cuántos quedan ahora?

—Cinco.

—¿Qué crees que harán?

—Por lo que sé de Ballister —dijo Doc—, no creo que renuncie fácilmente a su presa. Si estos terrenos le interesan, se quedará.

—¿Quedarse? ¿Y dónde?

—Hay muchas casas vacías en Bidonville. Realmente están vacías todas. El y sus cuatro pistoleros se refugiarán en ellas y nos hostigarán continuamente. Será como una guerra de trincheras. El que se descuide la palmará. Y si Ballister tiene suerte y liquida a alguno de nosotros, su superioridad será absoluta. Lo mismo ocurrirá si rapta a alguna de las mujeres. Amenazará con degollarla si no nos entregamos.

Loup ahogó una maldición.

—Ese condenado perro…

—De nada nos servirá hablar. Hay que intentar liquidar a esos

cinco hombres antes de que dominen su sorpresa y vuelvan a por nosotros. Tenemos un punto débil, aparte la inferioridad numérica; son las mujeres. Tiemblo al pensar lo que pueda suceder con ellas.

Y Doc guardó silencio, como si tuviera un presentimiento.

Pero no. En realidad no imaginó nunca lo que iba a suceder.

No pensó en aquella silueta que se movía cerca de ellos. Aquella silueta larga, lenta…

CAPÍTULO XVI

Uno de los pistoleros de Ballister se había situado a un lado del camino en el que empezaban las chabolas de chapa, aquellos edificios miserables que daban nombre a la ciudad.

Ballister se acercó a él casi arrastrándose.

—¿Ves algo?

—No. Parece que no vienen…

—Esos individuos tiran muy bien. No nos conviene luchar contra ellos directamente.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Intentar apoderarnos de alguna de las mujeres. Creo que estarán dispuestos a cualquier cosa con tal de que no la degollemos.

—¿Y cómo vamos a apoderarnos de ellas?

—No lo sé aún. Tú por lo pronto vigila. Evita que se acerquen aquí esos dos tipos. Yo pensaré algo mientras tanto e iré apostando a los hombres.

—De acuerdo, jefe. No se acercarán.

—Si los ves, tira a matar.

Ballister se alejó, arrastrándose como antes. La oscuridad empezaba a ser muy espesa, pero los ojos de los luchadores ya se habían acostumbrado a ella y hubieran distinguido bien cualquier silueta que se moviese de un lado a otro.

El pistolero estaba ojo avizor.

Pero, ante él, el silencio y la inmovilidad eran absolutos.

No distinguió aquella silueta furtiva que se movía a su espalda. Aquella silueta larga con relieves de mujer.

No se enteró de nada.

No se enteró de nada hasta que aquel puñal corto, de ancha y afilada hoja, se clavó hasta el fondo en su nuca…

Doc, que estaba en lo alto de la casa, vigilando desde el tejado, oyó aquel alarido de muerte.

No le cupo la menor duda de que otro de los hombres de Ballister acababa de palmarla. Por lo tanto ya eran sólo cuatro los enemigos que tenían enfrente. La inicial superioridad numérica del grupo de Ballister se iba deshaciendo como el humo.

Y dentro de poco llegaría el alguacil.

Serían cuatro contra cuatro.

Entonces habría llegado el momento de atacar, acorralarlos y acabar con ellos.

Pero esos pensamientos pronto desaparecieron de la mente de Doc para ser sustituidos por una pregunta que de momento no tenía respuesta:

—¿Quién había matado al pistolero que acababa de chillar? ¿Quién había sido capaz de apuñalarle por la espalda?

Un recuerdo molesto volvió a la memoria de Doc; el recuerdo del cuerpo sin vida de Bronston, también con un puñal clavado en la nuca.

No lo pensó más.

No quiso quedarse más tiempo con aquella duda.

Descendió del tejado, donde había estado vigilando unos minutos, y entró en la sala donde antes había estado prisionero de los hombres de Ballister.

Sólo Loup y Boston se encontraban allí. No se veía ni rastro de las mujeres.

Loup murmuró:

—¿Has oído ese grito de agonía? Alguien acaba de morir…

—Sí. Y ha tenido que ser uno de los hombres de Ballister —susurró el joven—. ¿Pero dónde están las mujeres?

Una de las puertas se abrió en aquel momento.

Judith entró en la habitación.

Parecía haber corrido mucho, y sus mejillas estaban enrojecidas. Su respiración era agitada y temblaba todo su cuerpo. Quizá por eso y porque Judith era endemoniadamente hermosa, a Doc le pareció la mujer más bonita que había visto jamás.

Pero eso ya le había ocurrido otras veces.

Demonio, claro que le había ocurrido.

Doc, como muchos hombres, tenía el defecto de que la última

mujer que veía era la que le gustaba más.

Ella susurró:

—¿Dónde están las otras?

—No lo sé —murmuró Doc—, pero me gustaría saber si las has visto.

—No, no las he visto… —dijo ella, palideciendo—. Al oír todos esos disparos me he refugiado en una de las habitaciones de arriba. Me ha parecido más segura. Luego he oído aquel grito de muerte, como si hubieran apuñalado a un hombre cerca de aquí. Entonces me ha parecido que alguien salía de otra de las habitaciones de arriba.

—¿Y…?

—No he visto a nadie —murmuró Judith—. Pero me ha extrañado aquel ruido y he pensado que podía ser uno de los pistoleros. Entonces he ido en silencio a aquella otra habitación, para gritar y avisaros si mis sospechas eran ciertas. De todo eso hace apenas unos instantes. La habitación era un dormitorio. Tengo la sensación de que era el dormitorio de la dueña de esta casa. Y he visto en la pared algo que me ha asustado. No tiene sentido, pero me ha asustado. Alguien acababa de dibujar allí un garabato que representaba un hombre sin cabeza.

Doc sintió que nacían unas gotitas frías en sus sienes.

La cosa empezaba a estar más clara de lo que parecía.

Pidió a Judith:

—¿No podrías llevarme a esa habitación?

—Claro que sí. Aunque reconozco que quizá ese garabato no tenga sentido.

—Imagino que lo tiene. Vamos.

Se dirigieron al piso superior, entrando en un dormitorio modesto pero limpio. En efecto, en una de las blancas paredes alguien acababa de dibujar con carboncillo un garabato. Aquel garabato representaba a un hombre sin cabeza.

Doc musitó:

—¡Dios santo…!

Y en aquel momento una vez ronca dijo desde la puerta:

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué hacéis los dos en mi dormitorio?

Miraron hacia allí. La que acababa de hablar era Katy. La figura alta y esbelta de Katy se recortaba en la penumbra. Sus ojos

brillaron en aquella penumbra quietamente. ¿Siniestramente también? Nadie hubiera sido capaz de decirlo.

Repitió:

—¿Qué hacéis en mi habitación?

Doc contempló a aquella extraña mujer, aquella mujer todavía hermosa y que mataba en virtud de un oscuro instinto nacido del fondo de sí misma. Sintió pena de ella. Nada de eso se traslució en sus ojos, pero deseó con toda su alma que el alguacil llegara y se hiciera cargo de ella. Tal vez Katy aún podría curarse… ¡Quién sabe!

Ella pareció adivinar sus pensamientos.

Era lista, la muy maldita.

—¿Qué piensas? ¿Qué es lo que se te está ocurriendo, Doc?

—Nada… Te aseguro que nada… Hemos venido aquí porque nos pareció oír un ruido. Teníamos la sensación de que uno de esos condenados pistoleros se había colado en la casa.

—Está bien. Ya habéis visto que no hay nadie. Los pistoleros de Ballister están más asustados que nosotros. ¡Fuera de aquí!

Se la notaba nerviosa. Estaba excitada. Doc tuvo miedo por Judith. En cuestión de segundos, allí podía ocurrir algo horrible.

—Está bien —musitó, queriendo sacar cuanto antes a la muchacha de allí—, ya nos vamos.

Mientras pasaba junto a Katy pensó: «¡Ojalá venga el alguacil pronto! ¡Ojalá cumpla su palabra y podamos sacarla cuanto antes de aquí!».

Capítulo XVII

El alguacil pensaba cumplir su palabra. Había planeado su viaje de modo que a la hora indicada pudiese estar en Bidonville.

Estando todavía a cierta distancia, oyó los disparos. Comprendió que el jaleo tenía que ser gordo, pero no podía imaginar que se trataba de la irrupción de la banda de Ballister. De todos modos sacó su rifle de la funda, lo comprobó y se aseguró de que había ya una bala en la recámara.

Ignoraba que en aquel momento otro hombre se acercaba también hacia Bidonville.

Era un hombre que le llevaba una cierta ventaja, y que iba a llegar a la ciudad —si merecía ese nombre— cinco o diez minutos antes que él. Un hombre que daría al alguacil mucho que pensar.

El alguacil llegó a la vista de los relieves de Bidonville cuando el tiroteo había terminado. La oscuridad era ya bastante espesa, y el silencio resultaba impresionante. Parecía como si toda la ciudad estuviera al acecho. Un acecho de legiones de fantasmas, porque en Bidonville no tenía por qué haber más allá de cuatro o cinco personas. Ignoraba aún que aquello se había convertido en un campo de batalla, y que la batalla estaba lejos de terminar.

Dejó el caballo a cierta distancia de la casa donde él sabía que vivía Katy.

Avanzó entre las sombras.

Y hubo dos cosas que le llamaron la atención, aunque primero se encontró con la menos importante. Era un carro con dos enormes barriles que debían contener vino. El vino no era allí una cosa demasiado normal, aunque solía llegar a Nuevo México desde los viñedos de California. El caballo estaba desenganchado y ramoneaba por entre la hierba rala. No se comprendía muy bien

quién podía haber traído vino allí, porque en Bidonville, ¿quién iba a pagarlo y quién iba a bebérselo?

De todos modos, ésta era una cuestión de muy relativa importancia.

Si Katy, por lo que fuese, había encargado un cargamento de vino, allá ella.

El alguacil se olvidó por completo de eso al encontrarse con la segunda cosa inesperada.

Al encontrarse con aquel cadáver que estaba tendido de bruces cerca de las escaleras de la casa.

Tendido de bruces, con un hilillo de sangre que le corría por la espalda y con un puñal clavado hasta el fondo de la nuca…

El alguacil sintió que se le cortaba la respiración.

El hombre que tenía a sus pies, con las manos crispadas sobre el polvo, acababa de morir. Iba bien vestido, y por lo que se podía apreciar, era bastante joven.

Tenía que haber llegado a Bidonville muy poco antes que él. Quizá cinco o diez minutos.

Incluso le pareció oír el relincho de un caballo, a cierta distancia, señal de que lo había dejado entre los matojos.

Volvió con el pie al cadáver.

Y entonces sus facciones se dilataron de asombro.

Conocía bien a aquel hombre. Se parecía extraordinariamente a otros dos muertos de los que ya había tenido noticia.

Era…, ¡era el último de los hermanos Bronston!

¡Lo habían asesinado también!

CAPÍTULO XVIII

El alguacil sintió que se le secaba espantosamente la boca.

Se dio cuenta de que había llegado tarde. Katy acababa de causar su última víctima. La última por el momento, claro. Si él no la detenía pronto, la cadena de crímenes iba a continuar.

Incluso pensó en disparar sobre Katy apenas la viese.

Era terrible pensar, así, sobre todo para el alguacil, que no había matado jamás a una mujer.

Pero Katy se estaba convirtiendo en un peligro demasiado grave para seguir consintiendo su existencia. Tenía que acabar con ella como fuese. En cuanto la viera…, ¡tenía que disparar!

Avanzó poco a poco.

Se dirigía hacia la puerta de la casa.

Pero ésta estaba cerrada. La empujó levemente. La puerta resistió.

Ññññññeeeec… Ññññññeeeec…

Era un sonido cercano, insistente. El alguacil miro hacia allí con los ojos entornados.

Una de las puertas de la casa más próxima se movía. No era a causa del viento, porque el aire estaba tan quieto como el agua de una balsa. Sencillamente, alguien estaba en la casa. Alguien, quizá sin darse cuenta, había movido la puerta.

El alguacil apretó bien el rifle, dispuesto a acribillar la primera sombra que se moviese.

La puerta osciló otra vez.

Fuera de eso, el silencio era absoluto.

Parecía haberse detenido el aire, parecía haberse detenido el tiempo.

El alguacil atravesó la puerta, llevando el rifle por delante y el

dedo en el gatillo.

Nadie.

Una luz casi espectral alumbraba las escaleras que llevaban a la parte superior de la casa.

¿Fue su imaginación? ¿O le pareció oír un roce allí, más arriba de los peldaños? ¿Fue su imaginación o la luz tembló realmente, como si una sombra hubiera pasado por delante del farol que la proyectaba?

Los músculos del alguacil se tensaron.

Ahora no hubiera tardado ni una décima de segundo en disparar. Iba a llegar a donde fuese. Mataría a Katy si era necesario.

De pronto suspiró.

El gato se deslizó por la baranda, saltó sobre los peldaños y se escurrió silenciosamente hacia una de las puertas.

Era su sombra la que había pasado por delante del farol. Quizá era el mismo gato también el que había movido la puerta. Aquél u otro. Había docenas de gatos en la ciudad abandonada. Los gatos eran en realidad los únicos «ciudadano» de Bidonville.

El alguacil ya se sintió más tranquilo.

Empezó a ascender los peldaños.

Y de pronto se detuvo con el cuello tenso, con los ojos salidos de las órbitas.

Sssss… Sssss…

Era un roce a su espalda.

El roce de una falda…

El alguacil se volvió. Mejor dicho, fue a volverse. Sólo logró entrever con el rabillo del ojo la silueta que estaba tras él.

Sus pupilas se desencajaron de horror y de asombro.

¡No podía ser!

—¡Nooooo…!

La voz apenas brotó de su garganta. La voz no fue más que un gemido agónico. La voz se extinguió mientras brotaba la sangre…

El alguacil llegó a disparar, pero a las escaleras, inútilmente. El cuchillo corto, de hoja ancha, se hundió hasta el fondo en su nuca.

La espalda de la víctima se tiñó de rojo.

Y otra vez se hizo en la casa el silencio, un silencio espantoso, tan denso que hasta las pisadas del gato parecieron originar un estruendo en los peldaños manchados de sangre.

CAPÍTULO XIX

Ballister balbució:

—¿Habéis oído ese grito?

Ya sólo había tres hombres junto a él. Lo que fue poderosa banda había quedado reducido a un pequeño grupo que ya no pensaba en atacar, sino en defenderse. Todos estaban alucinados por aquella especie de clima de suspense, sintiendo como si cada sombra de la ciudad fuera en realidad un fantasma.

Uno de los pistoleros masculló:

—No me gusta esto. No es como los otros sitios en que hemos estado. Aquí parece como si un muerto fuera a salir de su tumba y abrazarte por la espalda.

Ballister rechinó los dientes.

—Déjate de sandeces.

—No es una sandez. Todos hemos oído ese grito…

—Lo que necesitamos es llegar hasta la casa y matar a alguno de los hombres que hay allí. Entonces todo será más fácil.

—¿Cree que se habrán confiado?

—Estoy seguro de que ahora piensan que son superiores a nosotros, y eso les hará olvidar algunas precauciones. Lo mismo que nos ocurrió a nosotros, pero al revés. Hay que aprovechar este momento.

Señaló con el revólver a uno de sus hombres.

—Tú, Phil, arrástrate hasta la casa y sitúate junto a una de las ventanas. No tienes que hacer nada más. Cuando veas pasar a uno de los hombres o una de las mujeres…, ¡los trincas!

Phil asintió.

Aquel trabajo no era tan difícil para un hombre como él, especialista en asesinar por la espalda.

Se deslizó suavemente sobre sus codos, al amparo de la oscuridad. Nadie le vio hasta llegar a una de las ventanas de la casa. Allí se apostó con el revólver a punto.

El interior estaba débilmente iluminado.

No se veía pasar a nadie, pero él tuvo paciencia. Y su paciencia fue recompensada.

Debían haber transcurrido unos cinco minutos cuando una persona atravesó de un lado a otro la habitación.

Era una mujer. Phil la reconoció enseguida porque se trataba de Judith. Y aunque hubiera preferido matar a un hombre, ya que Judith resultaba menos peligrosa, alzó el revólver y apunto cuidadosamente.

Fue a apretar el gatillo.

La voz resonó en sus oídos como un disparo:

—¡Judith!

La muchacha se volvió.

La bala pasó junto a su cabeza.

Cuando Phil disparó, Doc ya se había lanzado a los pies de Judith, haciéndola caer. Fue un auténtico «placaje» de *rugby*, un deporte que ya empezaban a practicar en los puertos del Atlántico los marinos ingleses. De no ser por el salto de Doc, que la derribó, la muchacha hubiera sido atravesada por el centro de la cabeza.

Phil se encaramó un poco sobre las puntas de sus pies. Disparó de nuevo, pero los muebles le impedían una buena visibilidad. Su bala se hundió entre las patas de una mesa.

Doc disparó a su vez.

Y Phil se apartó a tiempo, porque de lo contrario la bala le hubiera hecho una caricia entre las dos cejas.

Comprendió que su golpe había fallado.

Era necesario escabullirse de allí.

Fue a girar, y en aquel momento le pareció oír un leve roce.

El leve roce de unas ropas femeninas a su espalda…

Phil se encontró ante aquellos ojos. Se encontró ante aquellos dos pozos de muerte. Se encontró ante aquel cuchillo ancho, corto…

Ni siquiera se dio cuenta de que tenía un revólver en la mano. No fue capaz ni de disparar.

Esta vez la hoja de acero no se hundió en la nuca, sino en la

garganta.

Y Phil cayó mientras se oía un leve estertor y mientras parecían teñirse de sangre todas las estrellas de la noche.

CAPÍTULO XX

Doc y Judith, tendidos en el suelo, Oyeron aquel estertor. Normalmente, se hubieran levantado enseguida, sobre todo Doc. Pero, la verdad, se estaba tan bien allí, junto a la muchacha (muy cerca, muy cerca de la muchacha), que se sintió hipócrita y fingió que no podía levantarse.

Ella tampoco se dio demasiada prisa.

Hubiérase dicho que Judith también se encontraba a las mil maravillas, a pesar de todo. Hubiérase dicho que no tenía ganas de moverse de allí hasta cumplir por lo menos treinta años.

Doc murmuró con voz ronca:

—¿Has oído?

—Sí.

—Creo que a ese tipo lo ha matado alguien. Y me jugaría las dos manos a que ya sé quién es…

—¿Quién?

—Desgraciadamente, Katy ha vuelto a actuar. Aunque con esto nos ayuda, está cometiendo una serie de asesinatos en cadena. Me temo que ya no pueda parar y que luego continúe. Sólo Dios sabe si no acabará contigo también.

Judith se estremeció.

Y se incorporó poco a poco, ayudada por los brazos poderosos de Doc.

Fue éste el que se asomó ligeramente por la ventana y vio el cadáver. No se apreciaba nada más. Los hombres de Ballister debían estar cerca, pero la oscuridad impedía que se distinguieran los unos a los otros.

El joven musitó:

—Sólo deben quedar tres…

—Tienes razón —musitó Doc, volviéndose levemente—. Tengo la sensación de que han de estar ahí enfrente, entre las casas. Si ataco ahora, puede que no sepan reaccionar.

Y fue a dirigirse hacia la puerta, pero en aquel momento notó la leve y cálida presión de la mano de Judith en su brazo.

—Doc…

—¿Qué, Judith?

—Ten cuidado…

La voz de la muchacha era como una súplica y al mismo tiempo como una promesa. Parecía decirle en secreto que las cosas no terminaban allí, sino que justamente acababan de empezar ahora.

Doc musitó:

—Lo tendré, muñeca.

Y salió por la puerta.

Puestos a tener cuidado, no puede decirse que hiciera las cosas demasiado bien.

Los hombres de Ballister, que estaban al acecho, le vieron. Un verdadero huracán de plomo aulló viniendo hacia el joven.

Éste rodó como un tronco por las escaleras del porche, mientras las balas picoteaban en torno suyo. La rapidez de sus movimientos le salvó. Ballister y sus dos secuaces seguían tirando arriba cuando él ya estaba en el suelo. El plomo convirtió en astillas los peldaños. La puerta de la casa quedó desencajada y casi saltó de sus goznes.

Ballister y sus dos sicarios se habían dado cuenta de que era un solo hombre el que les atacaba.

Podían liquidarle. Acabarían con él antes de que se pusiera en pie.

Pero las sombras ya casi cubrían a Doc, de modo que resultaba difícil alcanzarle a balazos. En cambio, nada tan fácil coserlo a machetazos allí mismo. Ballister y sus sicarios llevaban en las cinturas largos machetes mexicanos. Los sacaron con un alarido de rabia.

—¡A por él!

—¡A muerte!

Los tres corrieron a la vez, alzando frenéticamente las lenguas de acero. Doc consiguió enviar una sola bala y liquidó instantáneamente al enemigo que llegaba por el centro.

Pero los otros dos ya estaban encima.

Ballister lanzó un grito de odio mientras se disponía a descargar el machete.

El grito de odio se transformó en un alarido de dolor.

El punterazo que Doc le había dado en el bajo vientre era de los que hacen dudar a uno si nació hombre o mujer. El machete casi resbaló de entre los dedos de Ballister. No llegó a soltarlo del todo, pero tampoco pudo descargar su mortífero golpe.

Doc tuvo que girar sobre sí mismo en cuestión de segundos. El otro sicario ya descargaba el machetazo. Fue algo alucinante. La hoja de acero se hundió ferozmente en el suelo mientras el cuerpo de Doc se contorsionaba unas pulgadas, las suficientes para que el machete no le atravesara.

El forajido no comprendió cómo había podido moverse con tal rapidez. Desclavó el machete y fue a repetir su golpe.

Pero esos breves segundos dieron a Doc un respiro. Un respiro suficiente para ponerse en pie.

Logró sujetar la derecha de Ballister cuando éste se disponía a repetir el golpe.

Los dos rodaron por el suelo.

El otro forajido corrió hacia ambos, enarbolando el machete. No sería tan difícil segar la cabeza de Doc, aprovechando una de las vueltas que los dos enemigos daban por el suelo. Sus ojos despidieron un brillo de odio cuando se disponía a asestar el golpe mortal.

El terrible pinchazo en la espalda le hizo encabritarse hacia atrás mientras lanzaba un alarido. No se dio cuenta de lo que ocurría hasta que llevó la mano hacia atrás, con un gesto de dolor insufrible, y se dio cuenta de que el mango del machete sobresalía de su espalda. Era el de su compañero muerto. Una mujer lo había recogido y lo había lanzado con una fuerza y una precisión asombrosas. Muy pocas mujeres podían haber hecho aquello. Judith acababa de hacerlo.

Chaaaack…

Se oyó un seco chasquido, mientras Ballister lanzaba un gruñido gutural. Aquel gruñido se transformó en un estertor. Con una terrible presión de sus manos implacables, Doc acababa de romperle el cuello.

El trágido sonido hizo que Judith se llevara las manos a los

oídos, sin querer darse cuenta de nada, sin querer convencerse de que ella había matado a un hombre, aunque fuera para salvar la vida de otro.

Doc avanzó hacia ella.

Le estrechó las manos con fuerza, casi con ansia, mientras susurraba:

—Gracias, Judith. De no ser por ti, ese hombre me hubiera segado el cuello.

—No quiero ni… ¡No quiero ni pensar en lo que he hecho! ¡Dios santo! ¡Soy…, soy una puerca asesina!

Hundió la cabeza en el pecho de Doc, mientras lloraba patéticamente. Doc le acarició los cabellos, tratando de consolarla, y la ayudó a entrar en la casa. Los dos se encontraron de pronto solos en el vestíbulo, envueltos en una extraña, en una casi alucinante soledad.

Pero…, ¿podían desear otra cosa?

¿No era aquello lo que estaban deseando sus manos, sus corazones, sus labios?

Los dos fueron a unirlos.

Los dos fueron a sellar con un beso lo que deseaban en secreto, sin confesárselo ni a ellos mismos, desde que se vieron por primera vez.

Ninguno de los dos lo sospechó.

Ninguno de los dos supo que a sus espaldas…, ¡estaba la muerte!

Fue aquel leve soplo de aire, aquella respiración agitada, aquel suave susurro de ropas lo que advirtió a Doc. En el último instante, en el último segundo, éste soltó a la muchacha para volverse bruscamente, con las dos manos preparadas. Una de ellas frenó el impulso del cuerpo femenino. La otra detuvo en el aire el fatídico viaje del cuchillo, que ya iba a clavarse en su nuca.

Los ojos de Doc se dilataron de asombro, casi de horror. Pero no fue por lo cerca que había estado de morir.

Fue por otra cosa.

Muy distinta.

¡Tan distinta…!

Fue porque él había esperado ver a Katy, sujetar a la enloquecida Katy, y en lugar de eso a la que sujetaba…, ¡era a su hija!

El asombro le impidió reaccionar en el primer momento. Ella pataleó salvajemente, mientras intentaba librarse de la presión de aquellas manos gigantescas. Doc no la soltó. Pese a su sorpresa, pese a su consternación, se daba cuenta de todo. ¡Katy había hecho el sacrificio más sublime que una madre puede hacer! ¡Katy lo sabía todo! ¡Y en la imposibilidad de ocultar los crímenes, lo había preparado de forma que fuera ella la acusada! ¡Había dejado pruebas que la señalaban directamente! ¡Había tratado de salvar a su hija!

Doc sentía que se le secaba la boca.

Sentía que los ojos ya no miraban, que eran como dos globos muertos y salidos de las órbitas.

Pero todos aquellos crímenes… ¿Por qué? ¿Acaso la muchacha estaba sencillamente loca? ¿O había otra siniestra, otra maldita razón?

Pronto tuvo la respuesta.

Sí. La había.

Otra sucia y condenada razón.

Anthony, el prometido de la muchacha, apareció en la puerta. Su derecha empuñaba un revólver. Sus ojos estaban entrecerrados, con una expresión de hielo.

—Suelte a esa muchacha —murmuró—. Suéltela. Ella va a escapar.

—No puedo —dijo Doc—. Ella necesita ser asistida. Si la dejáramos libre sería peor aún.

—¡He dicho que la suelte!

—Pero…

Los ojos de Doc estaban nublados por la sorpresa. Se negaba a creer lo que veía, lo que oía, lo que pensaba.

La muchacha gimió:

—¡Anthony! ¡No me dejes sola! ¡Ayúdame!

Doc balbució con un soplo de voz, sintiendo que se ahogaba:

—Tal vez usted, Anthony, sabía que…, que…

—¡Claro que lo sabía! ¡Como sabía que en estas minas abandonadas hay plata! Pero estaban sus dueños, los hermanos Bronston. ¡Estaban Ballister y sus hombres! ¡Y Silvia los mató uno a uno! ¡Los mató porque yo se lo ordené! ¡Porque me quiere! ¡Porque yo no tengo todo el dinero que la gente cree, pero el dinero me

gusta! ¡Me gusta cada día más! ¡Me gusta la plata! ¡Y porque Silvia me iba a convertir en el dueño de todo esto! ¡Dueños ella y yo! ¡Millonarios! ¡Millonarios respetados, temidos por todo el mundo!

Estaba como enloquecido. El revólver temblaba en sus manos. Doc notó que iba a disparar.

Lo único que pudo decir fue:

—¡Monstruo! ¡Cochino hijo de zorra!

Porque ahora se daba cuenta de que Silvia había sido un instrumento, una víctima. El verdadero culpable era él, Anthony Boston. El verdadero culpable, que iba a disparar ahora…

Doc saltó hacia la puerta.

Quizá nunca había dado un salto tan ágil, tan desesperado y al mismo tiempo tan perfecto. Rodó por los peldaños exteriores y Anthony, después de fallar la primera bala, vino por él. Le apuntó fieramente. Sus dientes rechinaron al ir a disparar…

Y entonces brotó la detonación de uno de aquellos enormes barriles que habían sido dejados allí nadie sabía por quién. Aquellos barriles que ya habían llamado la atención al alguacil antes de morir.

La detonación se oyó cuando la bala ya segaba la frente de Anthony Boston. Éste no lanzó ni un grito. Cayó pesadamente hacia atrás, con las facciones convertidas en un surtidor de sangre, mientras Silvia desde la puerta chillaba, chillaba, chillaba…

Con irreprimible asombro, sin poder creerlo, Doc vio salir del barril… ¡al abuelo de Leila! ¡Al vejete tramposo que ya le salvó en el cementerio una vez!

El abuelo balbució:

—Tuve que esconderme en un barril vacío que dejaron aquí porque se estropeó el carro que los transportaba… No tenía otro medio para huir. Lo del ataúd ya está muy gastado. Y los acreedores me persiguen… ¡Me persiguen a muerte!

Doc casi no le oía.

Había vuelto la espalda.

Y lo que vio le hizo comprender que la vida, después de todo, no era sórdida. Que la vida, después de todo, merece ser vivida. No sólo por Judith, que avanzaba hacia él. No sólo porque Katy era consolada por el único hombre que le permaneció fiel, por el mejor amigo de su marido, que supo respetarla tanto y que ahora había

surgido de entre las sombras. No sólo por eso, sino por la misma Katy. Por la mujer que lo había sacrificado todo pensando en Silvia. Por la mujer que susurraba entre lágrimas:

—Lo explicaremos todo, Silvia. Yo estaré contigo. Yo no sabía que Anthony te empujaba a esto. Y allí donde te lleven, allí donde quieran curarte, allí donde te encierren, yo te acompañaré…

El vejete tiró de la camisa de Doc.

—¡Eh! ¡Eh!

Doc se volvió.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no me presta veinte dólares? ¡Yo siempre los devuelvo! ¡Yo soy un hombre serio!

—¿Ah, sí?

—¡Pregunte a mis acreedores! ¡Soy un tipo la mar de serio! ¡No me han visto reír nunca!… ¡Venga! ¡No se quede con esa cara, hombre! ¡Escupa los veinte dólares!

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

Notas

[1] La palabra se ha popularizado en nuestros tiempos, sobre todo en los suburbios de las grandes ciudades industriales y las poblaciones de las zonas atlánticas de África, donde miles de seres humanos se reúnen en ciudades hechas con la plancha alisada de los bidones de petróleo. (N. del A). < <